

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



DAVID INSULTADO POR SEMEI.

XXI.

### ABSALON.

Con ánimo abatido, con todas las señales de la tristeza pintadas en el semblante, con los pies descalzos y la cabeza cubierta en señal de duelo y consternación, salía de Jerusalén el rey David, bajando hacia el torrente de Cedron, seguido de algunos leales y constantes varones que, mas que al monarca, no habían querido abandonar al amigo en su infortunio. Salía entonces David fugitivo y perseguido de aquella ciudad, donde en otro tiempo entrara triunfante, y donde en días mas

venturosos había causado la envidiosa admiración de todos los monarcas de la tierra. Abandonaba el templo y el arca santa, sus palacios, sus mugeres, sus tesoros y toda su grandeza, sin que en tan amargo conflicto le restase el consuelo del amor de su pueblo; pues la multitud, inconstante de suyo, miraba con indiferencia la desgracia de su rey, y aun no faltaba quien alegrándose de ella, le perseguía con sus quejas y maldiciones. Distinguióanse los parientes de Saul en el número de estos quejosos, y mas fanático que todos ellos Semei, llevó su audacia hasta el extremo de salir al paso del desgraciado monarca, y desde una eminencia

Setiembre de 1818.

TOMO II. 17



inmediata al camino, arrojarle algunas piedras acompañadas de insultos y maldiciones. Disponíanse los que acompañaban al rey á castigar tamaño desacato; pero el pacientísimo David, que en todo lo que estaba sucediendo divisaba la mano del Señor á quien se había atrevido á ofender olvidando su santa ley ofuscado con su violenta pasión á Bethsabé, detuvo á sus amigos, diciéndoles:

—Dejad á Semei que me maldiga, según es la voluntad del Señor. Ojalá que por esta humillacion que hoy sufro, se cambie mi adversa suerte, y el Señor me vuelva la paz y los bienes que he perdido. Además, continuó tristemente ¿por qué extrañar que venga contra mí ese pariente de Saul é hijo de Jemini, cuando yo mismo voy huyendo de mi propio hijo que me persigue de muerte?

Este hijo de quien David se quejaba y que era con efecto la causa de todas sus desdichas, era Absalon, príncipe dotado de la mas gallarda presencia y de bellísimas facciones, realzadas por una rubia y espléndida cabellera, en términos que era tenido por el mas hermoso entre todos los hijos de Israel. Bajo tan seductoras formas abrigaba este príncipe las mas innobles pasiones, y arrebatado por una prematura ambicion y una insaciable ansia de reinar, empezó á grangearse parciales, seduciendo á unos con sus ofertas y halagando las pasiones de los otros, malquistando á su padre con sus amigos, hasta que contando ya con algunos parciales, mayormente entre los jóvenes dominados por la petulancia á que tan propensa es la juventud, creyó llegado el momento de lograr sus esperanzas, y armando contra su padre su impia mano, dió el grito de rebelion y de guerra en la ciudad de Hebron. Era indudable que el mancebo, arrebatado por su loco y funesto designio, no era entonces otra cosa mas que el instrumento de que Dios se servia para castigar á David, suscitándole el tormento dentro de su misma casa y familia.

El arrepentido rey que conocia la justicia de este castigo, que deploraba

la ceguedad de su hijo y los males que iba á causar, deseoso de evitar á su pueblo los escándalos y horrores de la mas desastrosa guerra civil, y creyendo que un pronto desengaño seria la consecuencia de que Absalon realizase sus designios, adoptó el partido de ceder ante él, de retirarse y abandonárselo todo, para que ensayando sobre sus juveniles hombros todo el peso de la autoridad suprema, experimentase los afanosos cuidados que consigo lleva.

No correspondió sin embargo el resultado á los buenos deseos, ni á la prudencia del monarca. No era Absalon príncipe que aspiraba al poder para hacer la felicidad de los pueblos, ni la suya propia; ni la repentina grandeza en que á tan poca costa se encontraba, era la mas apropiada para tener á raya sus impetuosas pasiones. Dueño de Jerusalem y de los opulentos alcázares de su padre, rodeado de otros jóvenes cómplices de su traicion y de su locura, trasformó aquellos sitios en teatro de sus torpezas y desórdenes á vista del pueblo de Israel, acostumbrado á la gravedad y austeridad de la morada de sus reyes.

Era muy calculada esta conducta de Absalon, y efecto de los pérfidos consejos de los ilusos que le rodeaban, siendo entre todos ellos Achitopel, el mas querido del príncipe, y aquel cuyas palabras insinuantes y aduladoras escuchaba con la misma fe que si fuesen las de un oráculo. Pues este malvado habia persuadido á Absalon de que tanto mas ánimo infundiria á sus parciales, y de que con tanto mas fervor seguirian su causa, cuanto mas fuese lo que injuriase la memoria de su padre y mas atropellase las consideraciones que le debia, atestiguando de esta suerte que ya no era posible reconciliacion.

Así es como Absalon se precipitaba cada vez mas en el crimen con tan pérfidas insinuaciones, y así es tambien como se pierden todos los jóvenes que en aquella edad en que se decide el porvenir de toda su vida, y cuando mas espuestos se ven al embate de las pasiones, se desentienden, si es que no menosprecian los consejos de los



hombres que han visto y experimentado mucho, por seguir el dictamen de otros mancebos tan inespertos y temerarios como ellos.

—Salgamos, decía Achitopel, salgamos contra David y esos pocos que le siguen, y hagámonos dueños de ellos, ahora que están cansados y abatidos, antes que puedan inquietarnos en el porvenir.

Inmediatamente se hubiera puesto por obra el consejo de Achitopel que tanto lisongeaba el ardor bélico del príncipe, si Chusai no hubiese hallado medio de contenerle, bajo pretexto de que debía congrega todas sus tropas antes de presentar la batalla, dando entretanto secreto aviso á David de cuanto pasaba y aconsejándole lo que debía ejecutar.

No era ya tiempo de detenerse en consideraciones, y era forzoso aventurar un golpe decisivo, antes que los conjurados reuniesen todas sus fuerzas, por lo que David resolvió al fin acudir al único medio que se presentaba de atajar el mal y era repeler la fuerza con la fuerza. Se aprestó, pues, á la guerra, avanzó hasta fijarse en la ciudad de Mahanaim, y repugnándole el salir en persona contra su hijo, por mas que este hubiese olvidado lo que á su padre debía, envió sus tropas divididas en tres cuerpos á las órdenes de Joab, de Abisai y de Ethai. Entonces se vió cuanto va de los que con santa convicción pelean en defensa de su patria y de sus reyes, á los que favorecen por motivos de interés los pérfidos y trastornadores conatos de los rebeldes ambiciosos. Los numerosos parciales de Absalon, despues de algunos instantes de encarnizada lucha volvieron las espaldas, y triunfó la causa del derecho y de la justicia. Absalon que desde elerguido y corpulento mulo en que iba montado presenciaba la dispersion de los suyos, sacrificados por el enemigo con toda la inhumana furia que caracteriza las reacciones en la guerra civil, tiembla á su vez, y volviendo las riendas á su cabalgadura, busca su salvacion en una pronta fuga. Arrebatado entre el torrente de los fugitivos, sin armas y sin

casco, de modo que su espesa cabellera flota al viento en el mayor desorden, pierde tambien las riendas y se deja arrebatado por el desbocado animal que en su impetuosa carrera cruza por debajo de una copuda encina. Los flotantes cabellos de Absalon se enlazan y adhieren con tal fuerza á las ramas, que le arrancan de la silla, y mientras que el animal sigue ciego y desbocado, el príncipe infeliz queda colgado entre el cielo y la tierra, balanceándose en los aires y lanzando lastimeros ayes. Los primeros que en tan angustiosa situacion le descubren, no se atreven á poner en él la mano, fieles á la recomendacion de David, que en todo caso queria que preservasen á su hijo; pero lo habia dispuesto de otro modo Dios que no queria dejar sin castigo el vil ultrage de la autoridad paterna. Llega el impetuoso Joab con algunos de sus valientes escuderos, y apenas divisa á Absalon, lanza un grito de feroz alegría, diciendo:

—Ved alli al limpio jóven: ¡colgado está del patíbulo á que sus crímenes le han hecho acreedor! Ya que el cielo se opone á su fuga, muera, muera á nuestras manos el perjuro traidor.

Poseído de furor inestinguible, le dispara una lanza arrojadiza, y luego otra y otra, sin que á pesar de estar traspasado con tres mortales heridas, cese el misero Absalon de vivir tan pronto como ellos desean! por lo que los escuderos de Joab acaban con él, le arrojan alsuelo, le hacen rodar hasta el fondo de un hoyo, y alli le cubren de toscas y pesadas piedras, alejándose con la mayor indiferencia.

Solo David, solo aquel desventurado padre, fué el que sintió la muerte de Absalon, apenas llegó á su noticia. Solo él prorumpió en lágrimas y suspiros, lamentando á gritos su desdicha, pidiendo le devolviesen su hijo y clamando fuera de sí:

—Absalon, hijo mio, ¿dónde estás? ¿Quién te volverá á mis brazos? ¡Ah! ¿por qué no me es dado morir por tí?

Fueron tantos los estremos de dolor y tan profunda la afliccion de David, que en medio de la alegría del triunfo, y despues de un suceso que restable-



cía la turbada paz en Israel, nadie se atrevió á celebrarle, y respetando la desventura del padre, los soldados, depuesto todo aparato bélico, entraron en la ciudad descarriados, mustios y silenciosos, como si realmente fuesen ellos los que acabasen de sufrir una espantosa derrota.

¡Lamentable fin el del príncipe Absalon! pero fin justamente debido al que desampara á su padre y le exaspera en los últimos días de su vejez:

fin inevitable del hijo que infringe los mandatos del Señor de los cielos, que ha dicho bajo promesa:

«En obra y en palabra y en toda paciencia honra á tu padre, para que de él venga sobre ti la bendición, y su bendición permanezca hasta lo último.»

«Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.»

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.



### IV.

#### TEODORICO.—EURICO.

El alevoso asesinato cometido por Ascalerno en la persona de Torismundo dejó sin obstáculo el tránsito por don-

de Teodorico pensaba subir al trono, y con efecto le ocupó; pero aunque gobernó á los godos con prudencia y modestia singulares, deslució su memoria con el feo crimen de fraticida y con las opiniones de Arrio que profesaba de corazón. Sidonio Apolinar, á quien



hizo conde Teodorico, en una carta que dirige á Agricola, declara muy estensamente las virtudes con que este principe se distinguia, diciendo entre otras cosas, que era mucha la gravedad y mesura de su rostro, que no carecia de fuerzas corporales; que no era dado á regalos, sino de todo punto varonil y soldado; añade en otro lugar, que tenia suma destreza en tirar al arco, y que igualmente se distinguia por la templanza en la comida y bebida; tambien dice, que despues de comer, alojaba con honestos juegos el ánimo apesgado y flechado con los cuidados del reino; y lo que es muy propio de reyes, daba audiencia á los miserables con una paciencia singular; y por último dice, que se deleitaba cenando con las burlas de los truanes, pero sin que mordiesen á nadie.

Dichas las dotes que caracterizaban á este principe, pasemos á narrar los acontecimientos de su reinado, donde alternaron los triunfos y los desastres. Tanto los romanos como los godos se ocupaban con ardor en la guerra de los hunos á quienes deseaban exterminar completamente, pero los suevos, aprovechándose de la ocasion, tomaron las armas con nuevos bríos, y ansiosos de dilatar el término de sus dominios, penetraron talando y matando por aquella porcion de España que aun permanecia sometida al poder de los romanos. Irritóse el emperador con la conducta de estos bárbaros conquistadores y pensó en buscar los medios de escarmentarlos. A este fin envió á Teodorico un escrito por conducto de Avito, embajador de Roma, cerca del rey de los godos, en que le manifestaba, que agradecido al apoyo que habia encontrado con su fuerza y autoridad para batir á Atila, le concedia como suyas todas las provincias que pudiese conquistar á los suevos, proposicion que aceptó el monarca godo sin la mas leve repugnancia, pues si bien es verdad que hasta entonces habia sido aliado del rey de los suevos y por lo tanto no era prudente hacerle la guerra, tambien es cierto que tenia mas estrecha alianza con su am-

bicion, único agente con quien pudo consultar su proyecto, y el que, como era natural, le aconsejó que le llevase adelante. Sin embargo, era preciso buscar un color honesto que justificara el rompimiento de unos vinculos tan estrechos; pero Teodorico le encontró á poco trabajo, que nunca faltan razones que esponder al que busca motivos de querella. Aun cuando estaba enteramente resuelto á llevar á término su propósito, quiso ante todo buscar auxiliares, y negoció secretamente con los francos y los borgoñones un tratado, y asegurado de su asistencia, mandó un emisario cerca de Ricciario, rey de los suevos, con la siguiente amonestacion que le dirigió por escrito:

«Principe, señor y mi aliado: ¡cuánto á la verdad me lastima tener que decir á un soberano de tan alto renombre, que no se olvide de la modestia que en asuntos de conquista debe guardar un rey! Acometer sin causa, y sin haber recibido injuria, no es cosa prudente y solo es trabajar para que el odio se dispierte, como tambien la envidia de las otras naciones: la justicia y la bondad con los poderosos cimientan que sostienen las monarquias; la ambicion y la crueldad destruyen á los reyes mas soberbios de la tierra. Desiste de tu intento; no me obligues á dirigir mis armas contra tí, pues mi indiferencia seria una tácita declaracion de guerra contra los romanos, cuya alianza respeto, por tener recibidos del imperio muchos y considerables beneficios.»

Ricciario que era hombre de soberbio corazon, no pudo soportar que su aliado le amonestase de aquella manera, y cayó incautamente en el lazo que le tendia su encubierto competidor, pues con ánimo resuelto respondió al emisario las siguientes palabras:

—Decid á vuestro soberano, que agradezco sobre manera el paternal consejo que me dirige, y que la gravedad de su amonestacion es de tal naturaleza, que cumple á mi deber no confiarla á labios ajenos, y por lo tanto decidle de mi parte que hoy mis-



mo reuniré mis huestes, y pronto seré en Tolosa, donde una batalla que decida cual de las dos naciones debe dar la ley, será la respuesta mas conveniente á mi alta soberania.

Fácilmente puede concebirse la singular complacencia de Teodorico al escuchar la respuesta del monarca suevo, y una vez resuelto á llevar á cabo su propósito, reunió en torno de sí á lo principal de la nobleza goda, y la enteró muy por estenso de los planes que pensaba verificar, lo que fué de unánime aprobacion entre todos los concurrentes. Escribió de nuevo á los francos y borgoñones, diciéndoles que ya era llegada la época de poner en ejecución los anteriores proyectos, y juntas al fin las huestes auxiliares, no quiso aguardar á que el rey de los suevos se adelantase hasta Tolosa, porque marchó en son de guerra pasando por los montes Pirineos, y cerca del rio Orbigo, encontró á sus antagonistas, que tambien venian contra él. Despues de algunas escaramuzas de poco éxito, se empeñaron los dos ejércitos en una accion general y decisiva, siendo los suevos los que llevaron la peor parte en la jornada, pues ademas de la horrible matanza que de esta gente se hizo, el mismo Riccio fué herido y prisionero, y aunque logró escaparse, cuando iba de camino para Africa donde pensaba ocultar la vergüenza de su derrota, fué cogido otra vez y mandado degollar por espreso mandato del vencedor. Fué Braga puesta á saco por los godos, de cuya poblacion sacaron rica presa por estar allí segun parece situada la silla de los reyes suevos: terminado este brillante trofeo, sujetó á Galicia, y nombró por su gobernador á Acliulfo, hombre de poca lealtad, como mas adelante veremos.

Pasó á Francia Teodorico, y bien con deseo de descansar sobre sus propios laureles, ó bien con intento de acudir á otras alteraciones, es lo cierto que volvió á convocar á sus gefes principales, y tomó las armas para pelear contra los romanos, porque Mayoriano habia obligado á Avito á renunciar el imperio, y ya digimos en

otra parte que el emperador Avito y Teodorico estaban en acorde alianza, desde que aquel era solo un simple embajador.

No anduvo cuerdo, á lo que es de ver, con separarse así de España, pues el escaso ejército que en ella dejó, fué derrotado por los naturales de Leon indignados de los muchos escesos que habian cometido. Fué este para España uno de los mas funestos periodos, porque por todos lados la atravesaban godos, suevos y romanos, cuyas feroces hordas iban dejando por donde quiera que pasaban los funestos vestigios que son consiguientes á semejantes alteraciones. Acliulfo en Galicia, habia tambien alizado el fuego de la discordia aconsejando á los gallegos que se emanciparan del dominio de Teodorico, y titulándose soberano independiente de aquella tierra, bien que á su debido tiempo pagó con la cabeza su alevosa bastardia. Pero los pobres españoles se veian mientras tanto reducidos á la mas miserable condicion, pues apenas era suficiente el producto de sus trabajos para mantener en pie á todos aquellos ejércitos desoladores que unánimes conspiraban á la destruccion de la peninsula. Agregóse á estos bandos otro pueblo feroz, llamado los hérulos, que desembarcó en Cataluña, y con no menos empeño ayudó á la desolacion de España.

Era este ya un azote mas que doloroso, y los españoles se alzaron en bandadas y recorrieron por distintas partes de la peninsula, para vengar la rapaz codicia de aquellos funestos invasores. Mientras tanto Teodorico se ocupaba en tomar posesion de Narbona y en las guerras con los romanos, y no pudo venir á España para poner término á tamaños conflictos. Pero al fin, de regreso á su córte, preparaba nueva gente y se disponia á batir á los suevos: su triunfo hubiera sido indudable si otro puñal fratricida no hubiera cortado el hilo de su existencia, pues Eurico, su hermano, que aspiraba el trono, le quitó la vida en la capital de Tolosa el año de 467 de nuestra salvacion, siguiendo así el ejemplo de sus



antecesoros. Sintió el pueblo su muerte, pero el recuerdo de que por los mismos medios se había apoderado del trono, contribuyó á que las lágrimas de sus súbditos no fuesen tan abundantes, que la mancha del crimen empañase las demás virtudes humanas por muchas que ellas sean.

Hechas las exequias del monarca difunto, ocupó Eurico el trono de los godos: antes de haber trepado á él, por los medios indicados, le pareció su monarquía grande y poderosa, mas una vez sentado en el solio creyó muy limitado el círculo de su dominación y concibió su grande ambición el proyecto de ensancharle, y veremos que lo consiguió, pues tenía en su favor elementos harto suficientes para el logro de su intento.

Con efecto, uno de sus primeros actos fué acaudillar tropas para humillar la soberbia de los suevos que mal acostumbrados al forzoso vasallage que habían rendido al godo predecesor, daban claras señales de conquistar su independencia; pero Eurico, soberano asaz avisado y activo en sus operaciones acudió presuroso á prevenir el mal, y entró por la Lusitania en son de guerra de cuyas poblaciones se apoderó, incorporando además á su corona la Galicia, que también había pertenecido á la sazón al dominio de los suevos.

Atormentado el rey de esta gente con golpes tan crueles y repetidos envió embajadores á Eurico pidiendo la paz y la alianza, y el monarca godo contestó á esta embajada lo siguiente:

—El rey de los suevos con sus vasallos, quedarán dueños de la Galicia y parte de la Lusitania: juro á fe de godo que no serán molestados; pero me estarán sumisos y avasallados.

Cumplióse al pie de la letra cuanto Eurico proponía, porque fué talespanto y el miedo que tenían á este príncipe godo de corazón tan soberbio, que en todo un siglo no dieron señales de salir de tanta sumisión y oscurecimiento, pareciendo que ya no existía semejante nación, pues hasta el reinado de Leovigildo no vuelve á mencionarlos la historia.

Conseguido este singular trofeo, penetró por el corazón de España, y después de haber quitado á Toledo y sus dependencias á los romanos, se hizo dueño con igual éxito de las demás provincias de su dominación en lo interior del continente, y por no tener fuerzas navales con que contrarestar á los de los romanos, no se apoderó también de las plazas marítimas situadas en las costas del Mediterráneo.

Viendo los romanos los progresos incansables del diestro y valiente competidor, cuyas miras ambiciosas no podían ya contenerse en límites tan estrechos, y que todo se lo arrebatara de sus enflaquecidas manos, el emperador Juliano Nepos se dió prisa á ajustar paces con el monarca godo, diciéndole: «que con tal que en adelante le dejara tranquilo le confirmaba la posesión de sus nuevas conquistas.» Admitió Eurico la propuesta aun cuando fué poco permanente, porque durante el breve reinado de Manilio, hijo de Julio, y último emperador de Occidente, renovó la guerra contra los romanos y les quitó á Marsella y á Arlés; enamorado de este último punto, por su gran fecundidad y por su clima benigno, le escogió para sentar en él su residencia y descansar de sus fatigas, en tanto que sus tropas agueridas se mantenían en cuarteles de invierno.

En seguida la emprendió contra los borgoñones, y obligó á Odoacro el Mercenario, rey de Italia, á que le cediera todas las provincias romanas deallende los Alpes, hasta el Rhin y el Océano, y desde entonces los godos consideraron á las Galias y á España como posesiones suyas legítimas.

Dió la vuelta á Arlés, en cuya capital entró aclamado y victoreado por sus naturales, pues ninguno desconocía la pujanza de su brazo, y la noble ambición que le dominaba, cosas que el pueblo de aquellos tiempos miraba como uno de los mas distinguidos ornamentos de un hombre elevado á semejante altura.

Cuando mas satisfecho estaba Eurico de sus conquistas y del imponderable engrandecimiento que había dado á



su corona, y cuando mas distante miraba el término de sus ambiciosos pensamientos, le sorprendió la muerte en Arlés á los diez y siete años de su reinado.

Este principe se hubiera hecho, indudablemente, un lugar mas glorioso en la historia, si no se hubiera abierto la entrada al trono por medio de un fratricidio, y si no hubiera perseguido á los católicos con tan inusitado encarnizamiento; pero preciso es confesar que Eurico fué el verdadero fundador

de la monarquía goda en España y que el poder romano de la Peninsula, quedó sepultado. Fué tambien Eurico el primer legislador de su nacion, pues las leyes que recopiló y puso por escrito sirvieron de base para la formación del famoso código gótico conocido con el nombre de *Forum Judicum* ó Fuero Juzgo. Esto y otras muchas cosas de no menor importancia, colocan á Eurico en la linea de los primeros conquistadores.

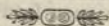
I. A. BERMEJO.

## APUNTES MORALES.

### LA COLONIA

6

NO HAY ENTE DESPRECIABLE EN LA TIERRA.



El sol comenzaba á salir por el archipiélago de Bergh (1) y alumbraba el Oceano que agitaba los restos de una tempestad: delante de uno de los islotes menos elevados aparecia el mástil de una embarcacion sumergida, y cada oleada se llevaba un vestigio de aquella victima del naufragio. Era la *Oceanía*, que sorprendida la noche anterior por la tormenta y lanzada contra los terribles diques, habia permanecido en el parage mencionado encallada y llenándose de agua por una abertura que se abrió.

En el momento del desastre, pasajeros y marineros, habian creido salvar la vida precipitándose en las lanchas; pero estas habian experimentado la misma suerte que el navio, pues se habian roto algunos instantes después contra las rocas. Cuatro de los naufragos, por una feliz coincidencia,

eran los únicos que habian podido llegar á la isla mas próxima, y se encontraban agrupados sobre un estrecho promontorio, desde donde contemplaban los restos del navio ya casi enteramente destruido por las olas.

Su salvacion habia sido, por decirlo asi, uno de los juegos de la casualidad, que parecen destruir todo género de prevision y contradecir toda clase de lógica, pues escepto Jorge Rivera, cuya fuerza y destreza podian justificar semejante resultado, todos los demas parecian destinados á ser las primeras victimas del desastre que acababa de hacer desaparecer á la *Oceanía* y á su entera tripulacion. Uno de ellos, francés, llamado Arturo Tarling, pertenecia á la clase apacible y estudiosa de los sabios anticuarios, y aun á la de los profesores de agricultura y botánica, mas á propósito para clasificar una planta ó determinar la familia de un batraquion que para luchar contra las olas. El otro, inglés, llamado Guillermo Trot, no se habia ejercitado hasta entonces mas que en dar saltos mortales y en bailar en las cuerdas floja y tirante; y en fin, el tercer individuo era una pobre muger enferma, natural de Londres, llamada mistress Koppel, casi enteramente privada del uso de sus

(1) En las Carolinas, en la Oceanía.



piernas, y que las olas habian echado á tierra sin que ella comprendiese de que manera.

Apaciguada la primera emocion de terror, los cuatro náufragos, tan milagrosamente salvados, se juntaron y reconocieron, y acabaron de tener la triste certidumbre que ellos solos se habian librado de la terrible tempestad.

Mistress Koppel, sentada sobre la arena, tenia su frente apoyada contra sus manos; Guillermo Trot miraba al mar, colocando maquinalmente su gorro bajo las mil formas caprichosas que tenia costumbre de ponerle cuando hacia el papel de payaso; Arturo Tarling, que en un principio habia lanzado en su derredor miradas desconsoladoras, se detuvo de pronto involuntariamente observando un marisco de especie desconocida, que segun su costumbre, procuraba clasificar. Solo Jorge Rivera, de nacion español, se habia determinado á internarse por aquella isla y buscaba los recursos que podia suministrar aquel terreno.

Rivera era un hombre de accion en toda la estension de la palabra: entregado largo tiempo al contrabando, se habia embarcado para libertarse de las persecuciones de la justicia, y estaba dotado de un carácter atrevido y audaz, como todos los que se dedican á esta agitada profesion.

Despues de haber examinado todos los sitios del islote sobre el cual habia sido arrojado por el impetu del mar, se acercó, á sus compañeros y dijo con aspereza:

—Los otros se han ahogado, ¿no es verdad? Pues bien ¿qué vamos á hacer nosotros aqui, sin abrigo, sin armas y sin provisiones?

—Tal vez hallemos algun recurso, respondió Tarling; en estas latitudes la naturaleza produce espontáneamente lo que subviene á las primeras necesidades; en el centro de esta isla debe haber cocos y árboles de pan.

—Entonces, vamos á descubrirlos, respondió Jorge, que acababa de arrancar un bambú para hacerse un baston; esta parte de la isla es la mas arida; aqui no tenemos ni agua, ni sombra, y el sol tan ardiente que va

á derretirnos los sesos, si permanecemos aqui mucho tiempo.

Los dos hombres que escucharon esto estuvieron de acuerdo en el proyecto y ya se preparaban á seguir á Rivera, cuando observaron á mistress Koppel, y solo Arturo se detuvo de pronto.

—¿Y esta pobre muger, no puede seguirnos? dijo en voz baja á sus compañeros.

—¿Quién, esa muger que no piensa mas que en rogar á Dios? respondió Jorge; que Dios la asista, puesto que tanta confianza tiene en él, porque nosotros no podemos cargar con un peso tan inútil.

—¿Cómo! Eso seria entregarla á una muerte cierta, respondió Tarling; eso no puede ser, señor Rivera.

—Pues échese vd. áuestas á esa anciana devota, replicó irónicamente el contrabandista, porque yo veo demasiado difícil salvar mi pellejo para ocuparme del de los demas.

—¿Con que no quiere vd. ayudar á esta buena accion, Jorge?

—Que se la lleve el diablo.

—Pues bien, dijo el naturalista indignado, yo solo me encargo de esta muger desgraciada. El mismo infortunio nos ha tocado á todos, y por lo tanto debemos unir nuestras fuerzas como la casualidad ha unido nuestra desgracia: mientras que yo pueda llevar un pie delante del otro, no abandonaré á los que han llegado á ser mis parientes en dolor.

—Si esa anciana es nuestra parienta, le debemos nuestra comun asistencia, dijo Guillermo Trot con su acostumbrada jovialidad; hoy me encuentro mas adherido á mi nueva familia que nunca.

Y volviéndose hacia la inglesa, continuó cogiéndola de la mano:

—Vamos, prima, hermana, tia, abuela, ó lo que fuéreis; es necesario hacer un esfuerzo para encontrar una posada; cruzaremos uno con otro nuestros brazos para que sirvan á vd. de asiento; pero por Dios alijérese un poco.

Todo era inútil, pues la enfermedad habia conducido á la pobre anciana á



tal estado de delgadez, que tenía toda la apariencia de una sombra; por eso sus compañeros, merced á lo poco que pesaba la enferma, la condujeron sin muchos esfuerzos, y al instante alcanzaron á Rivera que acababa de entrar en la parte mas sombría de la isla. Sin embargo, la marcha que en un principio se había presentado fácil, llegó á ser embarazosa cuando tuvieron que transitar por medio de espesos matorrales y de un considerable número de arbustos que cubría el suelo; á pesar de la sombra que proporcionaban los copudos árboles, el calor iba siendo cada vez mas importuno y abrasador. Los naufragos fatigados y sedientos, se hallaron al fin en medio de un bosque tan lleno de malezas, que la vista mas perspicaz no podía descubrir la abertura mas pequeña por donde poder salir de aquel confuso laberinto. Guillermo fué el primero á quien se le agotaron las fuerzas, y se sentó junto á la enferma, mientras que Jorge y Tarling marchaban de descubierta para examinar el terreno; pero despues de inútiles esfuerzos retrocedieron desalentados.

Encontraron á la anciana y al titiritero tendidos sobre la yerba, en la imposibilidad de volver á emprender el camino. Jorge llamó la atencion de Tarling, diciendo bruscamente:

—Ya lo ve vd., el negocio está concluido; es menester que mueran aquí como perros. Puesto que vd. es mas robusto y decidido, ayudadme, y no será difícil que encontremos una vereda en medio de este infernal laberinto.

—Lo haré, respondió Arturo, con la condicion de que volvamos á este parage, tan pronto como encontremos un abrigo para todos.

—¿Pues qué quiere vd. hacer de ellos? respondió el contrabandista con dureza: si al fin nos vemos condenados á permanecer en esta isla: ¿qué servicios podemos esperar de semejantes compañeros?... Una muger enferma y un jugador de cubiletes.

—Por inútiles que nos sean, no estamos menos obligados á protegerlos, respondió Tarling; busquemos un albergue como vd. quiere, pero cualquiera que sea el resultado de nues-

tras tentativas, yo volveré por ellos, para hacerles partícipes de mi suerte.

Jorge y Arturo se lanzaron de nuevo en la espesura, y al poco tiempo encontraron una roca que obstruía el paso; obligados á girar hácia la derecha, se detuvieron porque llegaron á un espeso matorral, de todo punto impenetrable, y al fin despues de inútiles tentativas llegaron desanimados al sitio donde habían quedado la anciana Koppel y el titiritero Guillermo.

Ambos se dejaron caer en tierra bañados de sudor, secas las fauces y medio muertos de cansancio y sed: habían perdido completamente la esperanza, y una fiebre ardiente los devoraba á todos. Sus ojos, cubiertos de una nube, veían flotar en derredor de sí todos los objetos, y habían perdido hasta el instinto de conservacion que sostiene en nosotros la voluntad, y no deseaban otra cosa que una muerte repentina que pudiera poner fin á sus sufrimientos.

Encerrados en el estrecho espacio de aquellas malezas, que los defendían contra los ardientes rayos del sol, y con sus rostros apoyados en las rodillas, todos guardaban un profundo silencio, al mismo tiempo que la anciana Koppel levantaba lentamente su cabeza y miraba en su derredor. Su estado enfermizo la hacian menossensible á las necesidades que atormentaban tanto á sus compañeros, y la costumbre que tenía de habitar en los paises ardientes donde casi siempre había residido, contribuía á que soportase mejor que los otros el calor que los abrasaba. Lo mejor que pudo procuró ponerse de rodillas, y volvió su rostro mirando á todas partes, aspirando el poco aire que corria, y prestando atento oído á la brisa. A consecuencia de un fenómeno bastante singular y extraño, pero observado con frecuencia, su languidez estremada había acrecentado la sutileza de sus sentidos. La sobreexcitacion de sus órganos le había comunicado una delicadeza de percepcion tanto mas egercitada, cuanto que debía suplirla á una multitud de inaptitudes ó imposibilidades. Despues de haber escuchado algunos



instantes con cierta especie de indiferencia, mistress Koppel ejecutó un movimiento repentino; alzó mas la cabeza é inclinó su oído hacia el lado del Norte. No se oía otra cosa que el fuerte ruido que ocasionaban las olas del mar, en medio del cual se destacaba por intervalos, el murmullo de la brisa pasagera que atravesaba los árboles de la isla; pero este último ruido fué el que pareció llamar mas que nada la atención de la enferma. Todos aquellos que tienen un gusto especial en escuchar el ruido que produce el viento en los árboles, conocen sus diferencias y variedades, segun la naturaleza de las hojas que le producen. Para una imaginacion pensadora que ha estudiado este vago susurro, cada árbol agitado por la brisa, es como un instrumento que deja percibir un sonido especial y distinto. Pues bien, la anciana Koppel, en sus largas horas de meditacion y soledad, habia debido acostumbrarse á conocer esta misteriosa voz del espacio, y así, despues de un largo y profundo silencio, que pareció le empleaba en asegurarse de la certeza de sus observaciones, exclamó de repente:

—Tenemos un bosque de cocos á corta distancia de aquí y en esta direccion.

Los tres naufragos levantaron á un tiempo la cabeza.

—¿Cocos? repitió Arturo reanimándose. ¡Si será verdad!... ¡Si nos habremos salvado!

—Estoy segura de ello, respondió la enferma, cuya mano señalaba al Norte con mayor confianza todavia; por espacio de cinco años he estado escuchando el ruido de estos árboles desde la ventana de mi cuarto, que no podia abandonar por causa de mis habituales dolencias, y mi oído ha aprendido á distinguirlos y clasificarlos: el bosque no puede estar distante de aquí mas de ciento cincuenta pasos.

Por incierta que fuese semejante indicacion, los tres camaradas de infortunio hicieron un esfuerzo y se adelantaron hacia el lado señalado por la enferma.

En un principio les costó bastante

trabajo atravesar aquel conjunto de matas espinosas y bambúes que rodeaban al espacio de la pradera en que se encontraban encerrados, pero al fin lograron encontrar una salida y percibieron á espaldas de un cerro poco elevado el bosque anunciado por la inglesa.

Rivera lanzó primero un grito de alegría, que bien pronto se cambió en una exclamacion de desesperacion; porque los cocos estaban de tal manera elevados, que sus frutos se hallaban fuera de toda humana tentativa.

—¡Hermoso, magnífico descubrimiento! dijo; ¡estos frutos de maldicion no servirán mas que para aumentar nuestra sed y nuestra hambre!

—¿Por qué? preguntó Guillermo.

—¿Por qué? repitió Jorge; porque en la altura en que los vemos suspendidos, solo podemos mirarlos, pero no podemos catarlos.

—Se engaña vd. y perdone, amigo mio, interrumpió al instante el titiritero con cierto orgullo.... Guillermo Trot ha ejecutado mas altas ascensiones por un miserable chelín, y aseguro á vd. que hoy no nos quedaremos sin probar los cocos.... y manos á la obra, voto á los cascabeles del mejor pavaso del mundo.... ¡huig! ¡arriba!

Y diciendo esto Guillermo, que ya habia vuelto á encontrar su antiguo buen humor, y una gran parte de su agilidad, se quitó una faja que rodeaba su cintura, con la cual se hizo un punto de apoyo, segun el método indiano, y comenzó á trepar por uno de los cocos, del cual no tardó mucho en obtener los mejores frutos.

Despues que estragaron la leche sabrosa que contenian, nuestros tres naufragos volvieron al sitio donde habia quedado la enferma, quien desalteró su ardiente sed á la par que sus compañeros, y á quien Rivera ayudó á conducir en seguida al bosque que habia sido descubierto por su prolija y benéfica observacion.

Mientras que Guillermo habia estado cogiendo los cocos, desde aquella altura habia observado perfectamente la configuracion del islote y reconociendo las partes mas accesibles; de suerte



que conforme á su relacion, giraron hácia la derecha y llegaron á un hermoso y abundante arroyuelo, que sirvió de guia para llegar al pie de una roca, bajo la cual desaparecia para reunirse al mar. El sitio, abundantemente provisto de cocos y de árboles de pan, no podia ser mas á propósito para la eleccion de un campamento. Al mismo tiempo se hallaba situado al abrigo de las tempestades y á la vista del mar, sobre la cual se podia siempre tener fija la mirada para acechar las embarcaciones, dado caso que una dichosa casualidad las llevase por allí. Rivera se ocupó al instante en fabricar un *ajoupa* (1) de bambúes y de hojas de palmeras, bajo cuya frágil construccion encontraron todos un abrigo antes que llegara la noche.

(1) Así llaman los indios á sus chozas.

En seguida bajaron al mar á fin de ver si descubrian allí algunos mariscos, y felizmente dieron con una tortuga verde sorprendida entre las rocas. Guillermo Trot consiguió encender lumbre que sirvió para asar esta preciosa captura, y todos se encontraban ya mas alentados. Cenaron alegremente, y en el momento de tenderse para reposar sobre lechos de hojarasca, mistress Koppel, dirigió sus oraciones en alta voz en accion de gracias: el naturalista Tarling rezó con ella, Guillermo el titiritero se contentó con tirar su gorro por alto, diciendo «somos felices:» y Jorge el contrabandista se acostó diciendo:

—Muy bien; su rezo de vd. me servirá de arrullo para coger pronto el sueño....hasta mañana, compañeros.

(Se concluirá.)

## LA CATEDRA EN EL CAMPO,

### Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### VIII.

#### ARTE DE NADAR.

Era cerca de noche cuando finalizó la comida en casa del proscrito, y el nuevo huésped se dispuso á partir á Ecija, desde donde habia venido á visitarle, y desde cuya ciudad pensaban salir al siguiente dia para pasar á Sevilla, donde ciertos negocios importantes le esperaban. Despidióse, pues, de aquella honrada familia, y los niños esta vez no estuvieron muy conformes con la visita, porque todo el que entraba en aquella quinta, parecia constituirse en la obligacion de decir alguna cosa que redundase en beneficio de su instruccion, y como aquel caballe-

ro no habia salido del árido círculo de la politica, lo mismo Ramon que Carolina no quedaron muy satisfechos, lo cual prueba las buenas inclinaciones de estos jóvenes y sus deseos de adelantar.

Don Casimiro, á fin de consolarlos, anunció á sus hijos que la mañana del siguiente dia era la señalada para dar principio á los baños en el ancho y magnífico estanque que existia en lo interior de la quinta, con cuya nueva los niños quedaron muy contentos y regocijados. Levantáronse muy temprano y fueron á saludar á su papá y le recordaron su oferta de la noche anterior; y don Casimiro cogiendo de su despacho un cuadernito de pocas páginas, asió á sus hijos de las manos y pasó con ellos al sitio donde estaba el



estanque, y cuando llegaron á él dijo estas palabras:

—Es necesario, hijos míos, que os enseñe á nadar, porque no desconozco los beneficios que puede reportar á vds. semejante arte, aunque tampoco ignoro sus funestos efectos cuando se abusa de él; pues he visto muchas victimas, que por una apuesta, ó por otro capricho cualquiera, han sucumbido al rigor de este temible elemento. Pero creo en vds. el suficiente juicio para no abusar del arte que voy á enseñarles. Sin embargo, antes de que se arrojen al agua y dé yo principio á mi enseñanza, quiero á la sombra de este copudo nogal, decir á vds. algunas nociones preliminares (pues lugar hay para todo), y manifestar en seguida algunas de las principales reglas del arte de nadar, y luego se lanzarán vds. en el estanque y yo comenzaré á dirigirlos con la amabilidad que acostumbro á enseñarles todo.

Sentáronse los tres al pie del nogal, y don Casimiro dió principio á su conferencia de la siguiente manera:

—Nadar es la facultad de mantenerse sobre el agua, de dirigirse en ella hácia todos lados y de sumergirse. Esta facultad no es natural en el hombre, sino el resultado de combinaciones de ideas, un arte que puede elevarse á una perfeccion mas ó menos grande. El hombre que por la primera vez cae en el agua, ó pierde pie al penetrar en ella, precipita en vano sus movimientos locomotores; estos movimientos no hacen mas que oponerse los unos á los otros con incoherencia y sin ninguna semejanza, y el hombre se ahoga si no acuden inmediatamente á su socorro.

—Sin embargo, un ejercicio reflexivo, le enseña poco á poco á conocer y á apreciar su accion en el agua. Observa lo que pasa entre los animales que nadan, y procura imitar los movimientos, bien del cuadrúpedo, bien de la rana, cuyos miembros tienen una relacion mas directa con los suyos. Ultimamente, concluye por adquirir el arte de mantenerse sobre el agua, y de luchar contra este fluido mas ventajosamente aun, que los animales terrestres. Ahora bien, el arte de nadar

consiste en la feliz aplicacion de los principios siguientes.—1.º Rechazar el agua para encontrar en ella un punto de apoyo, que será tanto mas resistente, cuando la accion sea mas viva, y que se oponga una mas grande superficie.—2.º No ejecutar movimientos bruscos, y solo dar al cuerpo el impulso necesario para volver á comenzar sin fatigarse.—Existe ademas otro principio que indicaré á vds. mas adelante, y que preside á la conservacion del equilibrio en todas las posiciones posibles. Si el hombre no nada desde su primera entrada en el agua, es porque su marcha natural no corresponde á las dos condiciones de que acabamos de hablar, y debo añadir que la posicion horizontal, que es habitual entre los animales, les proporciona la ventaja de mantener naturalmente las vias aéreas encima de la superficie del agua, y de presentar una resistencia mas grande á todo género de esfuerzo que tienda á sumergirlos. No han faltado personas que hayan asegurado, que si el hombre no tuviese miedo se mantendria sobre el agua por su sola ligereza especifica; mas esta opinion está muy lejos de poderse generalizar. Este hecho puede ser verdadero para ciertos individuos, y sobre todo cuando se trata del agua del mar; pero en el agua dulce de los rios y de los estanques, hay pocas personas que gocen de esta ventaja.—Diré á vds. en pocas palabras lo que sucede en el particular: el nadador se sumerge hasta que ha desalojado un volumen de agua igual al peso total de su cuerpo; si este peso es mayor que el del agua, llegará al fondo; si es igual quedará indiferente en el sitio que una fuerza extraña le habrá obligado á penetrar, y si es mas ligero, una parte de su cuerpo quedará fuera del agua. La facilidad que tenemos en sostenernos sobre el agua, depende de nuestra pesantez especifica: mientras mas ligeros seamos, con relacion al fluido que separamos, mas nos elevaremos á su superficie, de lo que resulta que teniendo robustez se flota mejor, pues que se adquiere un volumen mas considerable por un aumento del tejido celular



que es mas ligero que el agua.—La pesantez específica no está igualmente repartida en todas las regiones del cuerpo; las piernas y los muslos son generalmente mas pesados que el agua, al paso que la cabeza, sostenida por la cavidad del pecho es mucho mas ligera; ademas, es cosa en que todos convienen que los cuerpos prolongados que flotan, se mantienen en equilibrio segun sus mayores ó menores dimensiones. Hay personas que poseen la facultad bastante rara de permanecer sin movimiento con los pies y la cabeza fuera del agua; otros se sostienen igualmente, pero con los pies mas ó menos bajos hacia el fondo.—Aspirando, el pecho se hinfla, adquiere mas volumen, y el cuerpo se eleva otro tanto; pero arrojando el aire de los pulmones, sucede lo contrario, y el cuerpo se hunde: por lo tanto, pertenece al nadador combinar estas dos acciones, para mantenerse en la superficie del agua, cuya grande agitacion no podria impedirle flotar, pero la persona que no está familiarizada con el agua, y tiene miedo, ejecuta movimientos desordenados, que tienden á sumergirle, y esta persona, agitándose de esta manera, sin poseer el arte de combinar sus movimientos, se ahogará irremisiblemente.—Si queremos indagar dónde está el centro de gravedad del cuerpo humano, veremos que está situado un poco mas arriba del estómago en la parte posterior, y en este sitio precisamente es donde el cuerpo, si está suspendido, se mantendrá en equilibrio, porque en este parage es donde se encuentra, por decirlo así, el eje de todos los movimientos.—La posicion de la cabeza produce un grande efecto para restablecer ó estraviar el equilibrio, pues ella debe regir todas las posiciones que se quieran tomar, poniéndola en oposicion con las partes inferiores. Poniendo en práctica este principio de equilibrio, el nadador puede tomar y conservar en el agua todas las posturas que quiera; dudo que su ligereza específica, le permita respirar sin recurrir á movimientos pertenecientes al arte de nadar.—Supongamos al nadador inmóvil en ci-

ma del agua con los brazos estendidos á lo largo de su cuerpo, ó separados de una manera simétrica, por ejemplo en direccion horizontal. Se concibe, por consiguiente, que la pesantez específica, como antes he dicho á vds., le hará flotar la cabeza por encima del agua; el centro de gravedad mantendrá el pecho en la parte superior, y el nadador, tendido boca arriba, sentirá que sus pies se dirigen mas ó menos hacia el fondo. Echando su cabeza hacia atrás, á fin de que las vias aéreas queden siempre libres, el cuerpo verificará un movimiento de báscula, y los pies se encaminarán á la superficie. Ciertos nadadores, pero son raros, poseen una constitucion fisica que les permite reposar todo el tiempo que quieren en un perfecto estado de quietud y respirando sin ninguna dificultad; pero si en esta postura, mueven la cabeza para mirarse los pies, indudablemente se hunden, y necesitan hacer un esfuerzo bien grande para volverse á levantar y tomar la posicion vertical que antes tenían.—El balance del cuerpo hacia las partes laterales de derecha á izquierda, se ejecuta igualmente segun los mismos principios del equilibrio, y aunque la mayor parte de los nadadores los observan poco, no carecen de importancia; pero vengamos ahora á los movimientos constitutivos de la locomocion. Bien penetrado del principio, «que la resistencia del agua se aumenta en razon de la mayor ó menor superficie y de la rapidez de los movimientos,» estableceremos como regla general, que estos movimientos llegan á hacerse posibles sin destruir las costumbres del cuerpo.

Don Casimiro abrió el cuadernito impreso que habia sacado de su despacho, mostró á sus hijos el grabado siguiente, y dió principio á la lectura de esta manera:

*Accion de las manos.*—Podemos asegurar, que en todo género de natacion, la accion de las manos se reduce á dos movimientos opuestos, combinados en fuerza y en direccion, segun el efecto que se quiere producir.—La mano abierta y los dedos juntos lanzan el agua con prontitud para encontrar



en ella un punto de apoyo que levanta el cuerpo ó le dirige al lado opuesto. Los brazos obran absolutamente como remos y producen el mismo resultado. El nadador estando boca arriba con los brazos estendidos á lo largo de su cuerpo, y sus manos ejecutando ligeros movimientos, sus pies se elevarán y se mantendrán al nivel de la cabeza.—El empleo de la mano trabajando como remo, ayuda á precipitar los distintos movimientos de báscula que se efectúan con la cabeza. Los brazos deben servir continuamente para elevar la cabeza, para facilitar la respiración, para mantener el cuerpo en equilibrio, y conservarle en la dirección que uno quiere.

*Acción de las piernas.*—Es evidente, que si el hombre pudiese, así como los animales, nadar como anda, emplearía sus fuerzas musculares mas ventajosamente; pero la pequeña superficie que presenta la planta de los pies, no produce una resistencia bastante grande: el nadador se encuentra, pues, obligado á recurrir á movimientos que no están en relación con sus costumbres; esta superficie que no tiene debajo de la planta de los pies, la encuentra en las partes laterales é internas de sus piernas y de sus muslos separando las corbas y aproximando vivamente las piernas: la acción muscular obra oblicuamente y produce un

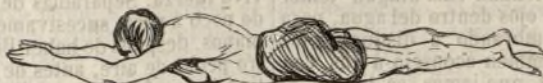
efecto semejante al de la cola de un pez. Estiradas las corbas después de este movimiento, se hallan en la mejor condición para dejar dilatar el cuerpo hacia delante, y los movimientos de vuelta se ejecutan naturalmente aproximando los talones al cuerpo para producir un segundo impulso.

*La brazada.*—La brazada es de todas las combinaciones de movimientos la mas importante y la mejor entendida para obtener una progresión duradera. Vamos, pues, á describirla siguiendo el orden y armonía de los movimientos.

*Punto de partida.*—Las manos juntas y aproximadas al cuerpo; las corbas dobladas, los talones juntos y la planta del pie elevada (fig. 1.<sup>a</sup>)

Fig. 1.<sup>a</sup>

*Impulsion.*—Consta de un tiempo y dos movimientos: primer movimiento: se alargan los brazos hacia delante, estirando á la vez las corbas se-

Fig. 2.<sup>a</sup>Fig. 3.<sup>a</sup>

paradamente (fig. 2.<sup>a</sup>) Segundo movimiento: se juntan prontamente las corbas y los talones en una misma línea (fig. 3.<sup>a</sup>)

paradamente (fig. 2.<sup>a</sup>) Segundo movimiento: se juntan prontamente las corbas y los talones en una misma línea (fig. 3.<sup>a</sup>)



**Respiracion.**—Consta de un tiempo y dos movimientos: primer movimiento. Se separan los brazos oponiéndose oblicuamente de arriba á bajo á

la resistencia del agua con la palma de la mano. Durante este tiempo se deben doblar las corvas: (fig. 4.<sup>a</sup>) segundo movimiento: otra vez nos debemos



Fig. 4.<sup>a</sup>

oponer á la resistencia del agua sumergiendo las manos por delante y detras para conducir las despues debajo del pecho y arrimadas al cuerpo. Los talones deben estar siempre juntos para volver á tomar la posición de partida. Se aprovecha de la doble acción de las manos para renovar el aire del pecho, comenzando aqui como en cualquiera otra circunstancia, por la respiracion seguida al instante de la aspiracion. El buen nadador ejecutará estos movimientos con vigor y soltura: en el momento de la impulsión, sobre todo cuando nada en agua dulce y que quiere marchar pronto, sumergirá la cabeza para levantar las piernas á fin de presentar menos resistencia.

Don Casimiro cerró su cuaderno y prosiguió hablando de este modo.

—Dicho esto paso á decir á vds. algunas otras cosas particulares á este arte.—Recomiendo á vds. mucho que se zambullan á menudo para irse acostumbrando en el agua á no asustarse ó recibir alguna impresion desagradable, si por descuido cayesen vds. en ella, ó si nadando, la ola del mar pasase de improviso por encima de la cabeza. No tengan vds. ningun temor de abrir los ojos dentro del agua, para irse acostumbrando á distinguir los objetos. Tambien aconsejo á vds. con especialidad, que jamás se lancen al agua sudando, y que esperen tres horas y media ó cuatro despues de la comida.—Para evitar la desagradable impresion de la frescura del agua, es preciso sumergirse en ella de pronto,

Cualquiera puede arrojarse al agua de infinitas maneras, cuando no es muy grande la altura, pero si pasa de uno ó dos pies, debe darse la caída con tanta mas precaucion, cuanto que será mas grande. Es necesario tambien para esto, escoger un parage bastante profundo, y en la duda tener un cuidado especial de dejarse caer oblicuamente, presentando las manos de plano, lo cual contribuye á que el cuerpo quede en la superficie, sin darle tiempo para sumergirse. Ahora, hijos míos, antes que empecemos á bañarnos quiero concluir diciendo cuatro palabras acerca de los peligros, ó supuestos peligros á que el nadador se encuentra espuesto.—Se ha hablado mucho de las yerbas y de los remolinos. Es verdad que es penoso y desagradable nadar en medio de las yerbas, pero para eso debemos evitar nadar en semejantes parages, mas si al paso encontramos este incómodo obstáculo, tenemos el recurso de nadar de espaldas. El peligro de verse por ellas detenido, me parece que existe mas bien en la imaginacion del nadador que en la realidad. Sin embargo, si tal cosa llegara á suceder, no se asusten vds. ni pretendan resistir á viva fuerza. Separadlas de vuestro lado poco á poco, sucesivamente con las manos, despues de haber llenado vuestro pecho de aire, antes de cada tentativa.—Los fuertes remolinos son muy raros, se conocen y pueden evitarse; pero si casualmente os encontrais en alguno á pesar vuestro, os dejareis conducir á impulsos del agua, y ayudados de algunos movimientos de bra-



zos, y en el momento la misma corriente, despues de haberos atraído hacia el fondo, es lanzar mas allá de la superficie, pues es menester que el agua corriente halle su salida.—Los verdaderos peligros son principalmente debidos á la imprudencia. Todos los demas peligros pueden evitarse teniendo precaucion, y por lo demas, lo que el nadador debetemer sobre todo, es un golpe de sangre, un vaido, ó un fuerte calambre, especialmente si á su alrededor no hay personas que puedan socorrerle. Es preciso antes de arrojarse al agua prevenir cuantos obstáculos puedan presentarse, yañadiendo á esta, mucha sangre fria, prevision y gran costumbre de nadar, la existencia del hombre no corre tanto peli-

gro.—Ahora, hijos mios, vamos al agua.

Los tres personajes indicados se empezaron á desnudar. Don Casimiro ató los corchos al vientre de los niños, todos entraron en el estanque, y la hora que duró el baño, estuvo el amable papá dando á sus hijos lecciones de natacion conforme á las reglas que antes habia indicado. En tiempo oportuno llegó un criado con tres sábanas; la familia salió del estanque, y despues que se enjugaron y vistieron, pasaron al comedor y se desayunaron, mientras que Ramon y Carolina contaban á su buena mamá, cuanto don Casimiro les habia enseñado respecto al arte de nadar.

(Se continuará.)

## HOMBRES CELEBRES.

### MEMORIAS

#### DE ENRIQUE JUNG-STILLING.

#### CONTINUACION.

Despues de algunos años de sufrimientos, Stilling, unas veces maestro de escuela, mas frecuentemente aprendiz de sastre, pero siempre pobre y miserable, tomó el partido de alejarse de la casa paterna, porque no se encontraba tan querido desde que tuvo una madrastra.

Sin embargo, no quiso ausentarse de Floreburgo sin visitar los sepulcros donde se encerraban los sagrados restos de su madre y su abuelo; estuvo algunos momentos sobre cada uno de ellos, y regándolos con sus lágrimas, se decia en silencio:

—Si estas dos personas viviesen todavía en el mundo, las cosas que me pasan marcharian de distinto modo.

Pobremente vestido, sin dinero, y alenido á la caridad de sus semejantes, viajó algun tiempo dejándose guiar por la casualidad, hasta que pasando por las inmediaciones de Schauberg, se acordó que el hijo del señor de Stolbeia era cura en dicho parage; con efecto, pasó á visitarle y le pidió su proteccion; el cura le dió una buena acogida, y le proporcionó trabajo en casa de un honrado maestro de sastre; pero estaba escrito en el destino de Stilling tener que abandonar incesantemente esta profesion por la de la enseñanza, con la que era siempre desgraciado. El maestro de escuela de Schauberg le propuso un dia una plaza de preceptor en la casa de campo de una familia rica: Stilling aceptó, y partió al momento con una esperanza de felicidad que fué cruelmente destruida. Este episodio es á la verdad uno de los mas tristes del borrascoso periodo de su vida.

La casa de su nuevo amo, el señor de



Hochberg estaba situada en un delicioso valle, regado por un fresco y murmurante arroyuelo: la señora de Hochberg, persona de una singular hermosura y ricamente vestida, pasó á reconocer á Stilling; saludóle con finura y amabilidad, y le hizo entrar en un salon magníficamente amueblado. Al poco tiempo llegaron dos niños listos y vivaces, y una bonita niña; los jóvenes estaban vestidos con elegancia y riqueza, y especialmente la niña, parecía una princesa segun el vestido caprichoso que cenía. Estos niños dirigieron un respetuoso saludo á su nuevo preceptor y le besaron la mano: en toda su vida le habia sucedido una cosa semejante á Enrique, y por lo tanto ignoraba el aspecto que debia tomar, es decir, el carácter con que debia revestirse, y como presentaba á los niños la palma de la mano, ellos se atormentaban por volvérsela para besársela. Al poco tiempo se fueron los niños brincando y saltando, como contentos por haber ya cumplido con su encargo.

El señor de Hochberg y su suegro, hombre de edad muy avanzada, estaban en la iglesia; la señora andaba por la casa, de modo que Stilling se halló solo en el salon: conoció seguidamente que le faltaban dos cosas muy esenciales para la plaza que iba á desempeñar: la primera era que no entendia nada acerca de los modales del hombre de buen tono, y solo sabia saludar y dar la mano; la segunda, que sus vestidos no estaban á la moda, y lo que es peor todavía, se encontraban en muy mal estado. Habia ganado ocho florines en casa del maestro de sastre, pero ¿qué cantidad era esta para subvenir á su grande desnudez? Despues que se compró zapatos, un sombrero y una camisa, solo le quedaron dos florines, con cuya cantidad no podia comprar lo demas que le hacia falta, y presentia que diariamente habia de tener un motivo para avergonzarse; era preciso, pues, que se aplicara á aprender la buena política y á adornarse de un lenguaje de sociedad de que carecia, porque jamás le habia cultivado, y que por su celo y amabilidad se conquistara el favor de sus amos, á fin de que le

ayudasen á salir poco á poco del estado de pobreza en que se encontraba.

El señor de Hochberg llegó al fin; era un hombre grueso de bastante corpulencia; tenia mucha dignidad en sus maneras, su tez era morena, sus ojos negros, y su andar como el de un grande de España; y sin embargo es preciso confesar que nada era afectado. Al entrar dirigió una mirada de principe sobre Stilling, mirada que en un momento le examinó de pies á cabeza; luego inclinándose ligeramente, le dijo:

—Servidor de vd., caballero.

Stilling hizo una estravagante reverencia y respondió:

—Servidor de vd., caballero patron.

Preciso es añadir de paso, que el pobre Stilling habia estado ensayando este ligero saludo cerca de una media hora, pero como no podia preveer lo que el señor de Hochberg le responderia en seguida, con este leve cumplimiento llegó al cabo de su cometido. El señor de Hochberg despues que dió dos ó tres paseos por la estancia, dijo á Stilling.

—¿Está vd. resuelto á servir en mi casa en clase de preceptor?

—Si señor.

—¿Cuántos idiomas conoce vd?

—Conozco el latin con alguna perfeccion.

—Muy bien; es verdad que todavia no hay necesidad de otra cosa; pero seria muy esencial que vd. supiese bien ortografia. ¿Sabe vd. algo de aritmética?

—Conozco la geometria y las matemáticas, para lo cual la aritmética es indispensable.

—Muy bien; esto va á mi gustoy puede convenirme.... Yo daré á vd. veinte y cinco florines al año y la comida.

Stilling encontraba á su amo poco espléndido; pero no obstante le dijo:

—Me contentaré con el precio que vd. me ha fijado, porque conceptúo que vd. me irá aumentando el sueldo segun lo vaya mereciendo.

—Si señor; su conducta de vd. determinará la mia sobre el particular.

Sentóse á la mesa, y aqui tambien conoció Stilling lo que aun le quedaba



que aprender para saber comer como la gente de buen tono; pero á pesar de estos leves disgustos experimentaba sin embargo una secreta alegría al contemplarse elevado en el círculo de la alta sociedad por la cual había suspirado hacia tanto tiempo. Observaba atentamente todo lo que le parecía á propósito para practicarlo él y hasta cuando se veía solo en su habitación, se ejercitaba en hacer profundos saludos y exageradas contorsiones, y mirándose al espejo, hablaba con su imagen empleando el lenguaje de la buena sociedad que procuraba aprender á todo trance. En una palabra, consideraba su actual condicion como una nueva escuela destinada á su instruccion.

A la mañana siguiente de su llegada, dió principio á sus lecciones con los niños; estos estaban muy bien educados, y se mostraban particularmente afectuosos con su maestro, á quien por otra parte dulcificaban todas sus penas.

De esta manera trascurrieron algunas semanas, esto es, apaciblemente, sin que Stilling tuviese nada que desear, á escepcion de verse mejor vestido que estaba. Escribió á su padre el repentino cambio que había experimentado su fortuna, á cuya carta recibió otra en contestacion muy tierna y satisfactoria.

El señor de Hochberg había tenido que ausentarse con gran pesar de Stilling, porque era la única persona con quien él podía hablar respecto de las cosas que mas le interesaban. La alegría que experimentó á su vuelta no fué de mucha duracion, porque su posicion llegó á ser de día en día mas penosa. El señor y la señora Hochberg creyeron en un principio que su preceptor tenia ropa en Schauberg; pero cuando supieron que no tenia mas ropa que la que llevaba encima de su cuerpo, comenzaron á concebir malas ideas respecto de él y á desconfiar de su fidelidad. Todo se ponía debajo de llave; se tenia en su presencia mucha reserva acerca de ciertos asuntos domésticos; y últimamente, toda la gente de la casa le tuvo por un perdido, un

aventurero de mala condicion, en una palabra, por vagabundo. Indudablemente todo el que hubiese tratado á Stilling le hubiera hecho mas favor, y no se comprende cómo aquellas personas concibieron tan fatales sospechas. Es probable que alguno de los criados de la casa fuese infiel, y procurase que recayesen las sospechas en el pobre preceptor; pero á pesar de todo nada se advertia que fuera bastante significativo para dar ocasion á que se justificara.

Insensiblemente se fueron haciendo sus funciones cada día mas penosas, pues escepto las horas consagradas á la comida, estaba siempre encerrado con los niños en un reducido gabinete de estudio de cuatro pies de longitud y diez de latitud. De este modo, no podia contar con un momento que fuese enteramente suyo, á escepcion del domingo, aun cuando le pasaba tristemente, pues no se determinaba á salir por el mal estado de su ropa. Su estremada indigencia, su continua zozobra, el desprecio y la desconfianza insoportables de que era objeto, se convertian en tres fuertes agujones que mortificaban hasta lo sumo su existencia.

Pero el día de San Martin cayó la venda de sus ojos y comprendió perfectamente la triste posicion en que se veía colocado, y la mas negra melancolia vino á atormentar mas y mas su combatida existencia. Esclamó al Eterno con tanta fuerza, que sus clamores podrian haberse escuchado del uno al otro polo; pero sus sollozos no eran hijos de un movimiento de ternura; parecia que su corazon no le servia de nada, y por eso tambien ninguno se interesaba en consolarle. Jamás había oido nombrar este espantoso tormento ni experimentádole nunca. Añádase á esto que no tenia á su lado un solo amigo á quien poder transmitir sus pesares. Parecióle en un principio que le seria de todo punto imposible permanecer mucho tiempo en semejante estado, y sin embargo de día en día empeoraba su posicion, y la soportaba no se sabe por qué. Sus amos y las demas personas de la casa no le ha-



cian caso ninguno como si nunca hubiese existido, aunque por otra parte estaban contentos con la enseñanza que daba á los niños.

En los próximos dias de Navidad, su situación llegó á ser mas horrorosa todavía. De dia estaba ensimismado y sin movimiento, como un hombre entumecido por los excesos del frio, y á las diez de la noche, hora en que se retiraba á su aposento, daba libre curso á su llanto, y todo su cuerpo temblaba como un malhechor en su última hora: cuando se acostaba, el combate que tenia que sostener contra esta agonía mortal, hacia retremblar la cama y las puertas de la ventana, hasta que por último la fatiga le rendia y se quedaba dormido; pero cuando despertaba por la mañana y veia que los rayos del sol daban en su cama, volvía el espanto, y el frio de la muerte le sorprendia de nuevo. El astro del dia en toda su magnificencia, no era otra cosa para él, que la mano del Eterno que le amenazaba con sus rayos. Durante el dia, le parecia ver el cielo teñido de sangre, la presencia de un ser viviente le estremecia como si viera un espectro; pero tal vez hubiese sido para él una verdadera felicidad habitar en una caverna tenebrosa y rodeado de cadáveres.

Con los dias festivos de la pascua, halló el tiempo necesario para componer su ropa; volvió lo de adentro á fuera, cosiéndola con especial cuidado, y la puso en tan buen estado como era posible. La indigencia es industriosa, y hasta cierto punto ocultó su miseria y pudo al menos ir una ó dos veces sin avergonzarse á la iglesia de Holzheim. Se puso tan pálido y tan delgado que sus labios no podian ya ocultar sus dientes; los pesares habian desfigurado sus facciones de una manera espantosa, su frente se llenó de arrugas, el blanco de sus ojos tomó un excesivo color de escarlata, y todos cuantos le miraban le consideraban con admiración y se compadecian de él.

El domingo despues de año nuevo fué á la iglesia: nadie habló tanto á su corazon como el cura Bruck; este desde lo alto del púlpito, habia estado

observando á Stilling, y al instante que finalizaron los divinos oficios, se apresuró á salir para buscarle en medio de la muchedumbre que estaba delante de la puerta: cogiéndole por el brazo y le dijo:

—Venga vd. conmigo, señor preceptor; quiero que hoy coma vd. en mi casa, y tendremos una agradable sobremesa.

Imposible seria poder espresar la impresion que estas benévolas palabras hicieron en el alma de Stilling; se encontró próximo á sollozar en alta voz; un torrente de lágrimas inundó sus mejillas y le fué imposible responder al cura; mas este le llevó á su casa sin preguntarle nada. El ama del cura y sus sobrinos le vieron entrar y mostraron hácia Stilling una grande compasion.

Luego que el cura Bruck se quitó el manto y la sotana, se sentó á la mesa, y al punto se puso á hablar á Stilling respecto de su estado con un interes tan profundo, que el jóven preceptor no hacia mas que llorar sin consuelo, y los que estaban con él en la mesa, lloraban igualmente. Este escelente eclesiástico leia sin equivocarse el alma de Stilling, y aseguraba con valor que todos los sufrimientos que hasta ahora habia estado experimentando, no eran en los designios misericordiosos del Eterno, mas que un fuego destinado á purificarle y prepararle para alguna cosa notable; que su dolorosa situación no tenia otro objeto, y que no pasaria mucho tiempo sin que se viera justificado su benéfico presentimiento. Además le dió otros consuelos de la misma naturaleza, que se espacion como un saludable rocío en el alma árida y desecada de Stilling. Mas este consuelo no fué muy duradero; era preciso por la noche volver á entrar en su celda, y el alivio que habia gozado, le obligó á sentir mas viva la fuerza de su dolor.

Estos terribles sufrimientos duraron cerca de cinco meses, pero el dia 12 de abril de 1762 era el señalado para su salvacion. Levantóse agoviado con el mismo peso que se habia acostado; bajó como tenia de costumbre



para desayunarse, y á las nueve de la mañana ya estaba en la habitacion de conferencias tomando á los niños sus lecciones, y disimulando cuanto podia su estremado dolor; pero de repente sintió en su existencia un cambio completo; desapareció su melancolia, su alma se encontró poseida de una paz profunda y de una perfecta alegría.

Procuró examinar lo que le pasaba y siente al punto un vivo deseo de partir; se resuelve á ello, sube á su aposento para entregarse con libertad á sus pensamientos. Las lágrimas de alegría y gratitud que derrama, solo pueden comprenderlas aquellos que se encuentren en un estado semejante: arregló su equipage que se componia de



dos ó tres harapos; arrojale por un balcon que daba á un corral situado detras de su casa; dejó el aposento, baja y sale por la puerta con un aire indiferente; pasa á la parte posterior de la casa, toma su equipage y se ale-

ja precipitadamente sin seguir camino conocido, y dejándose llevar por la casualidad. Notaron su falta al cabo de algun tiempo, subieron y hallaron la estancia desierta.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### JUANA DE ARC.

#### I.

Bello y risueño es el paisaje que se presenta á nuestros ojos, en uno de los dias mas hermosos de la benéfica y

alegre primavera: cuánto copudo árbol agita sus infinitas hojas á merced de una brisa suave y lenta: qué deliciosa es la contemplacion de una dilatada pradera donde el verde trigo luce orgulloso su ya casi formada espiga, y el árbol productivo mece entre sus



verdes hojas las flores que en un tiempo se convertirán en dulce y sazonado fruto. El sol acaba de salir; se ha estendido por aquel ancho campo que ofrece tan risueña y encantadora perspectiva: á la derecha de esta amena campiña se destaca un toseo nicho sostenido por cuatro columnas, y encerrando la imagen de San Esteban, y á la izquierda aparece una gruesa y añeja encina, que por su elevacion desmesurada la califican en aquellas cercanías con el nombre de la *encina gigante*: á corta distancia de este árbol maravilloso se ve una cabaña de tosea y antigua construccion, y á la puerta de esta apacible residencia está Thibaut, rico aldeano, propietario de aquella mansion, rodeado de sus tres hijas Margarita, Luisa y Juana, y de tres enamorados pastores, que en aquellos contornos de Francia conocen todos con los nombres de Esteban, Claudio-Maria y Raimundo. Margarita y Luisa revelan en su semblante la alegría y la satisfaccion; pero Juana, se ha separado á corta distancia de este grupo, con los ojos bajos y el semblante triste y taciturno. A pesar de que Thibaut ha observado todo esto en su hija Juana, ha querido aparentar no comprenderlo; y ha dirigido la palabra á los que tiene en su derredor de la siguiente manera:

—Si, queridos compatriotas; hoy somos todavía franceses, ciudadanos libres, dueños del suelo que en otro tiempo cultivaron nuestros padres; pero ¿quién sabe á quién obedeceremos mañana? pues el inglés hace flotar por todas partes su bandera victoriosa; sus caballos hollan con sus pies los floridos campos de Francia, y París le ha recibido ya como vencedor y adornado con la antigua corona de Dagoberto al primogénito de una raza estrangera: su mas próximo pariente, su primer par, combate contra él en el ejército enemigo, y su madre cruel escita á sus adversarios. Se incendian nuestras ciudades, nuestras aldeas, y la llama devastadora camina á pasos agigantados y penetra aun en las poblaciones mas tranquilas y apacibles. Esta es la razon, queridos compatrio-

tas, por lo que he resuelto con la gracia de Dios, y mientras puedo, velar por la suerte de mis hijas; pues en medio de los desastres de una guerra desoladora, la muger tiene necesidad de un protector y un amor fiel, puro y honesto, que ayude á soportar todas las desgracias.

En seguida cogió de la mano á Esteban y prosiguió:

—Ven, Esteban, me has pedido la mano de mi Margarita; vuestros corazones están de acuerdo, y presagio en vosotros un matrimonio feliz: Dios os haga dichosos. Claudio-Maria, tú te callas y mi Luisa baja los ojos. ¿Porque no tengais tesoros que ofrecerme, separaré á dos corazones que se aman? ¿Quién posee ahora tesoros? Lo mismo la casa que la granja, pueden ser muy pronto presa de un incendio devorador, ó del enemigo que invade nuestro pais. En un tiempo como el presente, un corazon fiel y valeroso es el asilo mas seguro donde debe refugiarse una muger.

Luisa besó la mano de su cariñoso padre, Claudio abrazó á Luisa, y esta y Juana que enmudecia tambien, se abrazaron. Thibaut volvió á mirar á Juana con señalada intencion, y mostrándose indiferente á su melancolía, prosiguió dirigiéndose á los pastores y á sus hijas:

—Os doy á cada uno treinta aranzas de tierra, un establo, una casa rústica y un rebaño. Dios me ha bendecido, que él os bendiga á vosotros.

Margarita, entonces, se dirigió particularmente á Juana, que mientras que la abrazaba, la decia:

—Contenta á nuestro buen padre, hermana mia, sigue nuestro egemplo; haz que en este día se celebren tres casamientos.

—Ausentaos, hijos míos, interrumpió Thibaut y haced vuestros preparativos... Mañana se verificarán los festejos de vuestras bodas, y quiero que toda la aldea las celebre con nosotros.

Esteban se cogió del brazo de Margarita, y Luisa dió el suyo á Claudio-Maria, quienes entraron en la cabaña; y Thibaut, Raimundo y Juana, quedaron en la puerta, quedos y sus-



pensos, hasta que Thibaut rompió el silencio con las siguientes palabras:

—Juana, tus hermanas se casan; lo veo con alegría, rejuvenecen mi ancianidad, y tú que eres la mas jóven de todas, solo me das sentimiento y dolor.

Raimundo que observaba á Juana y veía que no contestaba, respondió al anciano Thibaut:

—¿Qué idea teneis, señor? ¿Por qué dirigis á vuestra hija semejantes convenciones?

—Mira, Juana, contestó Thibaut sin atender á Raimundo; mira, este jóven excelente que en toda la aldea se encuentra ninguno que le iguale, te ha consagrado sus afecciones; hace tres años que solicita tu amor, y tú le rechazas sin motivo. Te veo en toda la lozania de tu juventud, en la primavera de tu vida, en la feliz estacion de las esperanzas; tu belleza está en flor, pero espero en vano que esta flor abra su cáliz á los rayos de un amor tierno, y se cambien alegres en un fruto dorado. ¡Oh! esto no me agrada nada; no me gusta ver á un corazon que se encierra con austeridad espantosa en la edad del sentimiento.

—No habéis de eso, amigo Thibaut, interrumpió Raimundo entristecido. El amor de mi querida Juana es un tierno y noble fruto del cielo, que madura poco á poco y en silencio. Todavía le gusta morar en la montaña; teme abandonarla para entregarse y descender á la humilde residencia de los hombres, donde solo habitan seres vulgares. Siguiendo el seno del profundo valle, la considero silencioso y admirado, cuando se adelanta con noble magestad por medio de los rebaños, y cuando dirige una mirada grave sobre nuestro humilde suelo, entonces encuentro en ella no sé qué de grandeza y se me figura que pertenece á otro género de seres mas nobles que nosotros.

—He aquí lo que no me agrada, respondió Thibaut; huye de la alegre sociedad de sus hermanas, busca los montes desiertos, abandona su lecho antes que el gallo cante, y en las horas de soledad, cuando mas solicita el

hombre refugiarse entre los demas hombres; como el ave solitaria se desliza en el sombrío y misterioso imperio de la noche por ocultos y estraviados senderos, dirigiendo palabras al viento y á las montañas. ¿Por qué busca siempre estos lugares y á ellos dirige su rebaño? Horas enteras la veo sentada y como abismada bajo el árbol de los Druidas, al cual ninguna criatura humana quiere aproximarse. Debajo de este árbol, un espiritu maligno desde los oscuros tiempos del paganismo, ha establecido su residencia. Los ancianos de la aldea refieren cosas horribles acerca de este árbol.

Raimundo señaló á la imagen de San Esteban y exclamó:

—La presencia de esa imagen de bendicion que esparce la paz del cielo, atrae aquí á vuestra hija, pero no la obra de Satanás.

—¡Oh! no, respondió Thibaut; he tenido algunas veces apariciones y sueños que me han llenado de terror.... Estos son presagios de alguna desgracia, este sueño es para mí un símbolo, una advertencia de los movimientos insensatos del corazon de mi hija: se avergüenza de su oscuridad; aunque Dios le ha dado hermosura, y aunque la ha hecho superior á todas las aldeanas de la comarca, sustenta en su pecho un orgullo culpable, sin tener en cuenta que el orgullo derribó á un ángel.... si, si, por el orgullo se apodera el demonio de los hombres.

—Os engañais, respondió Raimundo: ¿quién en el mundo tiene sentimientos mas virtuosos, mas modestos, mas piadosos que vuestra hija? ¿No es ella la que silenciosamente cumple con los deberes mas penosos de vuestra casa? Vuestros rebaños confiados á su custodia prosperan milagrosamente, y una felicidad no interrumpida é incomprensible se ve en todo lo que emprende.

—Si, es verdad, dijo Thibaut; una felicidad incomprensible; mas esta prosperidad aumenta mi zozobra y mis temores.... No hablemos mas del asunto, me callo, quiero callarme. ¿Debo yo acusar á mi querida hija? No debo mas que darla consejos y rogar por ella; pero tambien debo decirle que



huya de ese árbol maligno; que nunca camine sola, que no arranque plantas a media noche; ¡ay! si me lo prometiera.

En este momento llegó un aldeano, llamado Beltran, que traía un casco en la mano, y acercándose a los interlocutores que le miraban silenciosos, después que los saludó, dijo:

—Me mirais con sorpresa, ¿no es verdad? ¿os admirais de verme llegar con esta insignia extraordinaria?

—Ciertamente, contestó Thibaut. ¿De dónde proviene este casco? ¿Por qué nos traes en vez de paz ese signo funesto?

Juana que durante el anterior diálogo había permanecido separada y ajena a lo que conversaban, se aproxima poco a poco y pone atención a lo que hablan, dirigiendo frecuentes miradas al casco. Beltran continuó:

—Acaso yo mismo no pueda decir por qué se encuentra este casco en mis manos. Yo iba a Vancoeurs a fin de comprar algunas herramientas de labor: vi numerosos grupos en la plaza, pues en el mismo instante llegaban de Orleans muchos fugitivos portadores de nuevas bastantes siniestras. Toda la ciudad hablaba con misterio; y mientras que yo procuraba abrirme paso por medio de la multitud, una gitana muy morena se aproximó a mí con este casco, me miró algún tiempo con fijeza y en seguida me dijo: «Amigo mío, sé que buscáis un casco; tomad este, os lo puedo dar muy barato.—Dirigios a los soldados, le respondí, yo soy un labrador y no tengo necesidad de casco.» Pero la gitana no quiso separarse de mí y añadió: «Ningun hombre puede decir que no tiene necesidad de un casco; este abrigo de acero, vale mas en el día que una casa de diamantes.» De este modo me seguía por todas las calles, obligándome a tomar el casco que yo rechazaba. Sin embargo, miré este instrumento de guerra tan brillante y tan hermoso, digno de la cabeza de un caballero, y al mismo tiempo que le tomaba en las manos titubeando, pensando en lo extraño de la aventura, la gitana desapareció, perdiéndose entre la confusión de la mu-

chedumbre, y el casco quedó en mis manos.

Juana que había escuchado con suma detención, no se contentó ya con esto, sino que pidió el casco al campesino Beltran y le estuvo examinando con curiosidad, y dejando entrever en su semblante una sonrisa de satisfacción.

—Dadme ese casco, había dicho Juana.

—¿Para qué os sirve? dijo Beltran, este no es un adorno que sienta bien en la cabeza de ninguna joven.

—Este casco me pertenece, había dicho Juana arrancándole de las manos de Beltran.

—Qué idea le viene a esta muchacha, dijo entre dientes el anciano Thibaut.

—Dejadla seguir su intento, contestó Raimundo que lo oyó: este adorno guerrero le conviene, pues su seno encierra un corazón enteramente varonil. Recordad de qué manera cazó el lobo feroz, aquel fiero animal y cruel que diezmaba nuestros rebaños y era el terror de los pastores. Sola esta joven, con un corazón de león, combatió con él y le arrebató el cordero que llevaba en su boca. Cualquiera que sea la noble frente que este casco deba cubrir, no hay ninguna mas noble que la suya.

Thibaut asió la mano de Beltran y respondió:

—Decidnos, amigo, qué nueva catástrofe ha sucedido; ¿cuáles son las relaciones de los fugitivos.

—¡Dios favorezca al rey, dijo Beltran, y se apiade de nuestro país! Hemos sido vencidos en dos grandes batallas; el enemigo ha penetrado en el centro de la Francia, y todas las provincias hasta el Loire se han perdido. Hoy reúnen todas sus fuerzas para poner sitio a Orleans.

—¡Dios proteja a nuestro rey! exclamó Thibaut.

—Una innumerable artillería se reúne por todas partes, prosiguió Beltran: unos, semejantes a una multitud de abejas, recorren durante los días de verano sus propios dominios; otros como una nube de sabandijas ó langos—



as que atrae un viento funesto y que hacen desaparecer la vista de nuestros campos, se han reunido en las cercanías de Orleans, y el ruido confuso de sus diversos idiomas resuenan sordamente en el campo. El poderoso duque de Borgoña ha conducido allí los soldados de sus vastos estados. Lieja, Luxemburgo, han enviado allí sus guerreros; los que habitan la tierra de Namur y el feliz Brabante; los que en la opulenta ciudad de Gante ciñen orgullosos vestidos de seda y terciopelo; los de la Zelandia, cuyas risueñas ciudades se elevan por encima de las olas del mar; los holandeses, ricos con el producto de sus rebaños; los habitantes de Utrecht, y de la lejana Frisa, y hasta los hombres inmediatos al polo, siguen la temible y poderosa bandera del señor de Borgoña, y tratan de someter á Orleans.

—¡Oh desgraciada y deplorable divison, exclamó Thibaut, que vuelve las armas de la Francia contra la Francia!

—Y la anciana reina, prosiguió Beltran, la orgullosa Isabel, la han visto ciñendouna armadura y corriendo á caballo en el campo, escitando con palabras envenenadas la furia de todos los pueblos contra el hijo que ha sustentado en su seno.

—¡Caiga la maldicion sobre ella! dijo Thibaut, y pueda el Señor castigarla como á la orgullosa Jezabel.

El terrible Salisbury, continuó Beltran, dirige el cerco; acompañanle en su empresa Lionel y Talbot: en su rabia impia han jurado entregar á la vergüenza á todas las vírgenes, y sacrificar al filo de sus espadas á todos los que ciñan espadas. Han construido cuatro torres elevadas que dominan la ciudad; las iglesias yacen destruidas y la torre de Nuestra Señora incluía ya su elevada cúpula: han abierto tambien minas profundas, y la ciudad reposa sobre este abismo infernal, temiendo á cada instante verla arder en medio de la mas violenta y atronadora explosion.

Juana, que durante este dialogo ha estado escuchando con la mas viva atencion, por un movimiento involun-

tario y del cual no puede darse cuenta, ha colocado el casco sobre su cebeza, en cuyo movimiento ninguno ha reparado.

—Pero, ¿dónde están las espadas, exclamó Thibaut, de Xanitrailles, y de La Hire? ¿Dónde se han ocultado para que el enemigo haya podido avanzar tan lejos como dueño? ¿Y el rey, dónde se halla? ¿Mira en el ocio el desastre de su reino y la destruccion de sus ciudades?

—El rey tiene su corte en Chinon, respondió Beltran; le faltan tropas y no puede salir á campaña. ¿De qué sirve el valor de los gefes, cuando el terror paraliza á todo el ejército? En vano la trompa marcial convoca á los combatientes: lo mismo que las ovejas asustadas se confunden las unas con las otras cuando oyen el ahullido del lobo, lo mismo los franceses, olvidando su antigua gloria, buscan su seguridad en los bosques. Solo he oido hablar de un caballero que ha levantado una escasa partida, y se dirige adonde está el rey con seis banderas.

—¿Cómo se llama ese caballero? preguntó Juana con viveza.

—Baudricourt, respondió Beltran; pero dificilmente podrá escaparse de la vigilancia del enemigo quien le sigue pertinaz.

—¿Dónde está ese caballero? preguntó Juana; decidmelo si quereis.

—A una jornada de distancia de Vancoleurs.

—¿Qué te importa saber dónde está? preguntó Thibaut... Haces preguntas, hija mia, que no cuadran con tu carácter ni tu sexo.

Juana entonces alzó la voz con entusiasmo y dijo:

—¡No mas traidores! ¡No mas sumision! El libertador se acerca y se prepara al combate: la fortuna de nuestros contrarios quedará sofocada delante de Orleans: la medida se ha llenado, y llegó el dia de la salvacion. Una jóven será suficiente á abatir su orgullo... No hay que temer, ni por qué huir, pues antes que haya granado la espiga sonará la voz que anuncia una venganza tan cierta como gloriosa.



—¡Ay, dijo Beltran; ya no se ven milagros!

—Todavía hay milagros, respondió Juana. Una blanca paloma se precipitará con la osadía del águila sobre nuestra patria; y el Señor, el Dios de las batallas, irá con ella.

—¿Cuales son los pensamientos de mi hija? preguntó Thibaut; ¿qué pretende?

—Señor, interrumpió Raimundo; el casco es quien la comunica ese ardor guerrero: mirad su mirada centellante que revela el fuego que arde en su seno.

—¿Debe caer esta monarquía? exclamó Juana. Aquí, en este país quedó enterrado el poder del paganismo; aquí fué levantada la primera cruz, imagen de nuestra salvación; aquí reposan las cenizas de San Luis, y de aquí partieron para la conquista de Jerusalen.

—¿No escuchais? dijo Beltran, sorprendido, á Thibaut. ¿De dónde le viene tan alta revelación?... Thibaut, Dios os ha concedido una hija maravillosa.

—Bien, dijo Thibaut, Dios proteja á la Francia y al rey. No somos mas que apacibles labradores, y no sabemos ni manejar la espada ni guiar un caballo en los combates; esperemos para ver á quien la victoria nos da por rey. La suerte de las batallas es el juicio de Dios.... Volvamos á nuestros trabajos: dejemos á los grandes y á los príncipes que se repartan el mundo; el suelo que cultivamos resiste á las tempestades.... Venid, seguidme.

Thibaut entró en la cabaña seguido de Raimundo y Beltran, pero Juana se quedó detrás contemplando el casco que le habian dado, y exclamando:

—¡Adios montañas, valles dulces y apacibles, adios. Juana no frecuentará ya tus senderos, Juana se despide de vosotros para siempre. Un ente superior á las cosas de la tierra se ha presentado á mí y háme dicho estas palabras: «Vé, tú debes dar la libertad al territorio francés, tú encerrarás tus miembros en el duro y reluciente acero; con él se cubrirá tu pecho delicado; nunca el amor ni la llama culpable conmoverán tu corazón; pero yo te

haré superior al resto de todas las mugeres; tú darás la libertad á tu rey, y tú le coronarás en Reims.» El cielo me ha llamado por signos y me ha traído este casco; y siento en mi pecho un poder sobrenatural que me anima y me lleva al combate: corramos, volémos á él.

Y despues de haber dicho estas fogosas palabras, entró en la cabaña donde los otros antes habian penetrado.

*(Se continuará.)*

Hay pocos hombres que no hayan tenido dos veces una misma debilidad:

El hombre orgulloso es el mono descarado del hombre altanero.

Los hombres gustan muy ardientemente hacerse envidiar, para tener piedad de los envidiosos.

La mayor parte de los hombres no llega á edad viril: mueren niños.

Mas de una muger se halla oculta bajo la piel de un hombre.

La edad madura es la época en que el hombre de genio tiene mas genio, y el virtuoso su mayor virtud; pero la mayor parte de los hombres son mas honrados en su juventud y en su vejez que en su edad madura.

La estimacion que preferimos á cualquiera otra, es la del hombre á quien estimamos.

El estilo, dice Buffon, es el hombre, considerándole por su talento. El tono así como el estilo, es el hombre considerándole por sus obras.

El hombre está pronto á soportar los golpes de la suerte, y pronto á irritarse á una sola ojeada de otro hombre.

No te dejes armar ni desarmar por tu muger.

No seas el esclavo ni el tirano de tu muger.



## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

### HISTORIA DE UNA GATA

CONTADA POR ELLA MISMA.



Hace unos diez años que habitaba una rica señora inglesa en una casa de campo que ella convirtió en un verdadero depósito de animales; allí se encontraban un mono, una ardilla, un guacamayo del Brasil, un papagayo de Méjico, y una familia entera de gatos; una cabra, una oveja y una vaca, se paseaban apaciblemente por la yerba del jardín, en medio del cual se veía una magnífica pajarera donde revoloteaban todo género de aves españolas y extranjeras.

La dueña de esta morada perdió á Nelly, su gata favorita, para la cual mandó construir una tumba de mármol negro, cuyo monumento de estilo gótico, contiene este epitafio en versos ingleses, cuya traduccion en humilde prosa es como sigue:

«Aquí reposa una gata, ó mas bien dicho, una amiga; cuando me ha visto alegre, ella lo ha estado tambien; cuando me ha visto triste, ha llorado conmigo, pero yo tambien la lloraré mientras subsista en la tierra.»

Nelly, habiéndose sentido cercana á la muerte, llamó á su familia, y aseguró que le habló sobre poco mas ó menos en los términos siguientes:

«Hijos míos, antes de morir, quiero, si tengo fuerzas, referiros los principales acontecimientos de mi vida, espero que os servirán para vuestra instruccion y vuestra educacion moral, y para que eviteis los peligros á

que los gatos están casi siempre expuestos.

«Nací en una casa de campo, situada á distancia de algunas leguas de Madrid; no bien aparecí en el mundo, cuando estuve próxima á dejarle, porque mi madre dió á luz cinco galitos, y como los habitantes de la casa no tenían gatos mas que para su utilidad, siendo suficientes los que habia, decidieron que nosotros los recién nacidos fuésemos ahogados. En consecuencia de esta determinacion, vino un pastor á fin de dar cumplimiento á las órdenes que habia recibido con aquel gusto particular de los jóvenes mal educados que hallan un placer ejecutando semejantes actos de crueldad; llegó el joven pastor al estanque, y despues de habernos tirado por alto, caímos en el agua, y mientras que luchábamos contra la muerte, se apareció una niña de aldea, que habia obtenido de su familia, no sin dificultad, el permiso de reservar uno de los galitos para su recreo. Cogió uno de los que halló mas á la mano, y este fui yo, hijos míos. Juzgad de mi reconocimiento hacia la Providencia que me concedia de este modo tan visible proteccion, y hacia la niña que salvándome fué el instrumento que Dios escogió para que yo existiera. Esta niña me lavó con gran cuidado, me calentó y me devolvió á mi madre que se puso gozosa por haber encontrado uno de sus hijos, y la que temiendo que me llevasen otra vez, me ocultó en un agujero donde permanecía yo bajo su perpétua vigilancia, hasta que se abrieron mis ojos y pude andar, correr y brincar; mi madre me consagraba una ternura maravillosa y la que ja-



más olvidaré, porque la grande obra de la naturaleza es el corazón de una madre, como ha dicho un célebre escritor, de cuyo nombreno me acuerdo. La niña á la cual yo debía mi salvacion, me consagró un afecto tan espresivo, que llegaba á serme importuno; pues Maria, que así se llamaba la niña, me llevaba siempre en sus brazos, y un día me dejó caer sobre un monton de piedras y fui herida de gravedad. Sin embargo, al poco tiempo me puse fuerte y ágil, y me llevaba jugando los días enteros; por este tiempo me encontré en gran peligro, porque un día entró en la casa un hombre que llevaba un grande perro negro, al cual le habian enseñado á hacer á los gatos una guerra mortal; mi madre cuando le vió, tuvo la prudencia de subirse al granero, pero yo imaginando, como una loquilla que era entonces, que podria defenderme del maligno animal, me subí sobre su lomo y comencé á mayar, y antes que hubiera podido darle un arañazo, me cogió el perro con su boca y me mordió de la mas horrible manera. Grité entonces, mi ama me oyó y acudió á mi socorro, aunque no pudo librarme de mi enemigo; afortunadamente un criado de la casa vino en su ayuda, el que apaleando al perro le obligó á soltar la presa, pero fui de tal modo maltratada por la rabia del maldito perro, que estuve cerca de un mes imposibilitada de dar un paso.

Cuando, merced á los buenos cuidados de mi ama y á mi buena constitucion, me hallé perfectamente curada, tuve ganas un día de entrar en la lecheria donde se me habia prohibido poner los pies, y fui severamente castigada por mi desobediencia, pues habiéndome puesto á brincar para atrapar un requeson, caí en un grande lebrillo de leche de vaca, donde indudablemente me hubiera ahogado, si el ruido de mi caída no hubiese llamado la atencion de una criada que me sacó de este baño desagradable; me lavó en una cubeta, y luego me dió una soba con las ramas de una escoba, y en adelante me guardé bien de volver á entrar en la lecheria.

Algun tiempo despues de este acontecimiento mi madre me llevó á su lado para instruirme en la caza de ratones, lo que fué para mí de grande diversion, porque nos situábamos delante de un agujero, y al cabo de algunos instantes de acecho, veíamos salir un raton seguido de sus hijos, y mi madre corria tras del raton y yo seguía á los hijos que huian espantados; imaginé que debía imitar á mi madre, y me arrojaba sobre uno de estos animales y me apoderaba de él. ¡Qué orgullosa y satisfecha que daba yo de verle temblar bajo mis uñas! pero mi orgullo no tardó en ser humillado, y de una manera bastante sensible, pues á la mañana siguiente vi una grande rata y me precipité valerosamente sobre ella, la que en lugar de huir me cogió la cabeza y me dió tan fuerte mordisco, que ensangrentada me costó sumo trabajo volver á mi casa.

Renuncié hasta cierto tiempo hacer la guerra á las ratas, y cuando tuve la estatura en que me veis y que me sentí fuerte y diestra, vengué en todas las ratas que encontraba, los tormentos que habia experimentado en mi infancia. Sucedióme un día que persiguiendo á uno de estos animales encontré alimentos envenenados preparados para él; tuve la imprudencia de comerlos, y llegué á estar tan enferma y abatida, que tuve intenciones de darme la muerte, pero despues de serias reflexiones, no hice nada, pensando que el Criador, al ponernos sobre la tierra, no nos habia dejado la libertad de disponer de nuestra existencia.

En otra ocasion entré escalando tapias en un bosquecillo donde mi madre me habia prohibido entrar; puse mis pies en un lazo, lancé mayidos agudos, vinieron á mi socorro, curaron mi dolorosa herida, y desde entonces nunca me dieron tentaciones de volver al bosquecillo.

Luego llegué á ser madre, y tuve el grande desconsuelo de ver tratados á mis hijos como lo habian sido mis hermanos y hermanas.

Un día me puse á acechar á unos cuantos pajarillos situados en una ha-



ya, y á cierta distancia de mi casa, á cuyo tiem<sup>o</sup> pasaba por aquel sitio la jauria de <sup>P</sup> un ricacho de Madrid, la cual se precipitó sobre mí; ciertamente me hubieran devorado sus perros, si con presteza no me hubiese encaramado en un olmo que felizmente estaba á mi lado. También corri un grave peligro con una turba de muchachos que salían de la escuela; rodeada por ellos, me ví obligada á saltar en otro árbol, pero bien pronto advertí que allí no estaba segura teniendo que habérmelas con semejantes enemigos; me tiraron un sinnúmero de piedras y caí á tierra sin sentido y sin movimiento. Entonces, el mas grande de los muchachos me cogió, y propuso á sus compañeros jugar con migo á un juego que llamaba raro y muy divertido: este consistía en atarme á una tabla y arrojarne en un estanque inmediato, y azuzar ó los perros, de los cuales, yo medio ahogada, tendria que defenderme mordiendo sus hocicos y arañando sus ojos. Ya me encontraba atada con un cordelillo á la tabla, y dispuesta á ser arrojada en el estanque, cuando acertó á pasar por allí el maestro de escuela, quien reprendió á los muchachos y mandó que me dieran libertad, asegurando que al otro dia castigaria su barbarie.

Pero el incidente mas notable de mi vida fué aquel que me obligó á abandonar mi casa de campo. El hermano de mi ama tenia un gorrión que queria mucho. ¡Era tan bonito! se posaba en el hombro de su amo y recibia el alimento de su mano. Pero por desgracia, un dia que nos encontramos solos este precioso pajarillo y yo, salió de su jaula y se puso sobre la mesa del comedor á picotear las migajas de pan que estaban por allí esparcidas. Yo no pude, lo confieso hijos míos, resistir á la tentación, al maléfico intento que se apoderó de mí, me lancé sobre el pobre gorrión, le cogí entre mis garras, y despues de haberme divertido con él largo tiempo, me le comí con delicia; pero su amo llegó cuando terminaba mi esquisito y delicado banquete, y fué tal el acceso de su furia, que corrión mi seguimiento,

cogióme por los pies, y ya se preparaba á darme una muerte egemplar cuando entró Maria, y á fuerza de ruegos y de lágrimas obtuvo de su hermano el perdon de mi vida, pero con la condicion de que yo saliese de la casa; de modo que al dia siguiente me metieron en un saco, y me enviaron á poder de una señora de Madrid que necesitaba un gato para limpiar su casa de ratones de cuyos animales estaba infestada.

Cuando llegué á esta casa, cumplí mi deber con un celo maravilloso, á punto de merecer la estimacion de mi nueva ama; en muy poco tiempo adquirí la fama de que era digna, y en toda la vecindad me citaban como una excelente cazadora de ratones; pero un dia, por poco me cuesta la vida mi grande temeridad, porque saltando tejados con la celeridad de que tenia costumbre, me coloqué sobre una teja que se desprendió, y caí desde una grande altura, y sin duda alguna me hubiese reventado sobre el pavimento de la calle, si antes de llegar á él, no hubiese encontrado un carro de estiércol, del cual sali medio asfixiado por los vapores que exalaba.

Pues á pesar del peligro á que me habia visto espuesta comiéndome el gorrión, no pude menos en otra ocasion que cometer un crimen semejante: cierta noche encontré en un tejado un agujero que conducia á un granero habitado por palomas, y entré en él: hallé dormidas á estas aves inofensivas, arrojéme sobre ellas é hice allí una horrible carnicería. Pero era preciso que yo pagase muy caro esta momentanea delicia, pues cuando quise salir, no pude subir por donde habia bajado, y me vi obligada á esperar en medio de la sangre de mis víctimas, hasta que el dueño de las palomas viniese por la mañana á traerles el alimento.

Al instante que abrió la puerta, pasé corriendo por debajo de sus piernas y tuve la dicha de escapar y libertarme del castigo que merecia; pero jamás olvidaré mi ansiedad, mi terror durante la noche. Que esto que os cuento, hijos míos, os sirva de egem-



plo, para que aprendais á moderar vuestros apetitos, y á no dañar á las criaturas que el hombre alimenta y protege.

Pero concluyamos; ¡la voz me falta! Por espacio de algun tiempo permaneci en la misma casa, donde me acomodaba perfectamente á una vida activa y útil para mi señora, donde jamás estuve enferma. Sin embargo, vuestra ama actual, habiendo perdido su gata favorita, puso un anuncio en los periódicos diciendo: que daba cuatro duros por una gata que se pareciese á la que la muerte le habia arrebatado, y mi ama incitada por la cantidad propuesta me condujo á esta elegante residencia, donde fui preferida á otros muchos gatos que no tenian mis circunstancias. Verificóse mi instalacion desde mi llegada, y encontré mas dicha que la que habia encontrado en ninguna parte: en esta casa os di á luz, y mi mayor felicidad ha sido ciertamente ver crecer á mis hijos, jugar en mi derredor, sin temor de que me los arrancasen de mi lado para entregarlos á los caprichos de un verdugo.

Desde que la mona me mordió la punta del rabo no he vuelto á ser atormentada ni aun por el papagayo. Aquí no he experimentado otra afliccion que la de haber visto ahogados unos cuantos hijitos que tuve por una señora mayor, visita de la casa, que se sentó sin verlos, sobre un sillón donde yo los habia puesto, y que no se apercibió de tan desgraciada ocurrencia, sino cuando se levantó para marcharse, á pesar de los esfuerzos que hice para salvar á mis hijos arañando y mordiendo su vestido. Esta desgracia apesadumbró tanto á mi buena y digna ama, que mandó cerrar la puerta para aquella señora, y procuró consolarme dándome de comer manjares muy exquisitos, á los cuales atribuyo la enfermedad que me conduce al término de mi vida. ¡Ahora, hijos míos, recibid mi postrimer adios, y tal vez nos encontremos algun dia en otro mundo donde no tengamos ni perros, ni monas, ni muchachos que nos hagan la guerra! ¡Adios, hijos míos!... ¡Adios!

Y Nelly, la gata favorita, murió en medio del llanto de su familia y de su ama.

## HISTORIA NATURAL.

### EL ELEFANTE.

El elefante es, esceptuando al hombre, el ser mas notable de este mundo, pues escede á todos los animales terrestres en magnitud, y se aproxima al hombre por la inteligencia, á lo menos todo cuanto puede la materia aproximarse al espíritu. El elefante, el perro, el castor y el mono, son entre todos los seres animados, los mas admirados por su instinto.

Los hombres han tenido en todos

tiempos una especie de veneracion á este primer animal. Los antiguos le miraban como un prodigio y como un milagro de la naturaleza; exageraron muchos sus facultades animales, y le atribuyeron sin ningun reparo cualidades intelectuales y virtudes morales. Los indios preocupados de la idea de la metempsychosis, están todavía persuadidos de que un cuerpo tan magestuoso como el del elefante no puede ser, animado sino por el alma de un hombre grande ó de un rey.

El elefante en el estado salvaje no es sanguinario ni feroz, sino de indole



suave, y así nunca abusa de sus armas ni de su fuerza, y solo las emplea en defenderse á sí mismo ó en proteger á sus semejantes; tiene las costumbres sociales, y raras veces se le ve errante y solitario: anda ordinariamente en tropas: el mas anciano sirve de guia, y el segundo en edad cierra la marcha y hace andar á los demas; los jóvenes y los débiles van en medio de los otros, las madres llevan á sus hijuelos abrazados con sus trompas; pero este orden solamente le guardan en las marchas peligrosas, cuando van á pacer en tierras cultivadas, pues en las selvas y soledades se pasean ó viajan con menos precauciones, aunque sin separarse absolutamente ni apartarse tanto que estén á distancia de no poderse socorrer ni darse aviso.

Sería muy peligroso hacerles la menor injuria, porque se encaminan derechamente al ofensor, y aunque es muy pesada la mole de su cuerpo, tiene el paso tan largo que alcanza fácilmente al hombre mas veloz en la carrera, le traspasa con sus colmillos, ó le ase con la trompa, le arroja como á una piedra, y acaba de matarle á patadas; pero no se encarnizan así contra los hombres, sino cuando son provocados, pues no hacen ningun daño á los que no le hostigan: sin embargo, como son dotados de buena memoria, y delicados en materia de injurias, es conveniente evitar su encuentro, y los viajeros que frecuentan sus países, encienden grandes hogueras por la noche, y tocan tambores para impedirles que se acerquen. Se asegura que cuando una vez han sido acometidos por los hombres, ó han caído en alguna celada, nunca lo olvidan, y procuran vengarse en toda ocasion; y teniendo un excelente olfato, y quizá mas perfecto que ningun otro animal, á causa de la grande estension de su nariz, sienten el olor del hombre á muy larga distancia, y pueden seguirle fácilmente por el rastro. Los antiguos escribieron que los elefantes arrancan la yerba de los parages por donde el cazador ha pasado, y se la dan unos á otros de mano en mano para que todos estén avisados del pasage y de la marcha del ene-

migo. Estos animales gustan de las margenes de los rios, de los valles hondos, de los lugares sombríos y de los terrenos húmedos: no pueden pasar sin agua, y la enturbian antes de beberla: llenan de ella la trompa muchas veces, ya para llevarla á la boca, y ya solamente para refrescarse la nariz, y divertirse en arrojarla en chorro, ó en esparcirla al rededor: no pueden tolerar el frio, y les incomoda tambien el esceso del calor, pues por evitar el demasiado ardor del sol se emboscan cuanto pueden en lo profundo de las selvas mas sombrías, y se meten tambien con bastante frecuencia en el agua: el volumen enorme de sus cuerpos, lejos de dañarles, les ayuda para nadar: se hunden menos en el agua que los otros animales, y por otra parte la longitud de su trompa, que levantan en alto, y por la cual respiran, les quita todo temor de ahogarse.

Sus alimentos ordinarios son raices, verbas, hojas y ramas tiernas: tambien comen frutas y semillas, pero rehusan la carne y el pescado: cuando alguno de ellos encuentra un parage bastante abundante de pasto, llama á los otros, y los convida á venir á pacer con él. Como necesitan de gran cantidad de forrage mudan frecuentemente de puesto, y cuando llegan á tierras sembradas, hacen grande estrago, porque siendo tan enorme el peso de sus cuerpos, estropean y destruyen con sus pies diez veces mas plantas de las que emplean en su alimento, el cual ascenderá á quinientas libras de yerba al dia, y como siempre van en crecido número asolan un campo en una hora. Es difícil espantarlos, pues no son capaces de temer: lo único que los sorprende y puede detenerlos son los fuegos artificiales y los petardos que les disparan, cuyo efecto repentino, y renovado prontamente, los asusta, y á veces los hace retroceder.

El elefante, una vez domado, se hace el mas manso y obediente de todos los animales; se aficiona al que le cuida, le acaricia, y parece que adivina todo lo que pueda agradarle: en poco tiempo llega á comprender los signos y aun



á entender la espresion de los sonidos y distingue el tono imperativo, el de la cólera ó de la satisfaccion, y obra en consecuencia. No se engaña en lo que quiere decirle su amo, recibe sus órdenes con atencion, las ejecuta con prudencia, con esmero y sin precipitacion, porque sus movimientos son siempre mesurados, y su carácter parece que participa de la gravedad de su mole: aprende fácilmente á doblar las rodillas, para facilitar que le monten: acaricia á sus amigos con la trompa: saluda con ella á las personas que le indican: se sirve de la misma para levantar fardos, y se ayuda á sí mismo para cargarse: se deja vestir, y parece que se complace en verse cubierto de jaeces dorados y de ropas brillantes, se le unce y ata con tirantes á los carros, carretas, navíos y cabrestantes. Su conductor va montado sobre su cuello, y se sirve de una vara de hierro que remata en garfio ó armada de una punta aguda, con la cual le pica en la cabeza al lado de las orejas para advertirle, desviarle, ó hacerle apresurar el paso; pero regularmente

bastan las palabras, sobre todo si ha tenido tiempo para conocer perfectamente á su conductor y para tener en él entera confianza: su inclinacion llega á veces á ser tan fuerte y durable, y su aficion tan profunda, que por lo comun rehusa obedecer á ningun otro, y se le ha visto á veces morir de sentimiento por haber matado á su conductor en un impetu de cólera.

Cuanto mas corta es la vida de los animales, tanto mas numerosa es su produccion. En el elefante, la duracion de la vida compensa el corto número, y si es cierto como aseguran que vive dos siglos, y que engendra hasta la edad de 120 años, cada par produce cuarenta hijos en este espacio de tiempo.

Mas podriamos decir acerca de este prodigioso animal, pero escederiamos los términos que hemos procurado observar en el presente artículo, y aun ni hubiéramos referido tantas particularidades, si el elefante no fuese el primero de todos los animales, por todos conceptos, y en su consecuencia el que merece mas atencion.

